

MARÍA, VISTA DESDE EL EVANGELIO



VOCACIÓN DE MADRE

JUAN MANUEL DEL RÍO

PÓRTICO

MARÍA, MADRE POR VOCACIÓN

Son pocas las veces que María aparece en el Evangelio. Pero hay tres momentos puntuales y muy importantes en que esto sucede; son en relación directa con su vocación de Madre.

El primero es en la Anunciación: el Arcángel Gabriel se le aparece para comunicarle el mensaje de Dios: ser Madre (Lc 1, 26-38). Madre del Dios hecho Hombre. El segundo tiene lugar en las bodas de Caná. Igual que su Hijo y que los apóstoles, ella también está invitada (Jn 2, 1-10). Y su comportamiento como madre es decisivo para que Cristo convierta el agua en vino. El tercero, cuando Cristo agoniza en la cruz. Al pie de la cruz, como madre doliente, pasa a ser Madre de todos los seguidores de su Hijo (Jn 19, 25-28).

Incluso habría que añadir un cuarto momento, enormemente significativo. Es cuando los apóstoles regresan a Jerusalén tras la Ascensión de Cristo a los cielos, y se reúnen en el Cenáculo. Allí reciben el Espíritu Santo el día de Pentecostés; y allí, en medio de ellos, está María (Hch 1, 12-15).

Su vocación, por designio del mismo Dios, es ser Madre. Se trata de una maternidad que va mucho más allá de la simple biología. Es Madre de Cristo, sí, pero además Madre en orden a la Redención. Es su vocación y su grandeza al mismo tiempo.

Con razón puede exclamar: “Proclama mi alma la grandeza del Señor..., porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí” (Lc 1, 46 y ss.).

Es un profundo gozo poder contemplar a María desde las páginas sublimes del Evangelio.

CUADRO 1

LA HISTORIA DE MARÍA CULMINA EN

EL EVANGELIO

La fuente segura para conocer a María es el Evangelio. A partir de ahí, y siguiendo por toda la historia del cristianismo vivido en la Iglesia, es como podemos conocer mejor la figura sin parangón de la Santísima Virgen María, la Mujer elegida por Dios cuando determina hacerse Hombre en Jesucristo.

María es una Mujer excepcional; por elección y voluntad de Dios. Pero su elección para ser Madre de Cristo, el Dios encarnado, no la hace divina. Es una mujer de carne y hueso. Esta realidad es cabalmente lo que la hace ser tan maravillosa, y tan cercana a nosotros.

Dios ha hecho en ella maravillas sin despojarla de su realidad humana. Esto es lo que le da todo el valor ejemplar, personal y estimulante, para cristianos y no cristianos.

El hecho de estar preservada de la herencia del pecado original no significa que no haya sido una mujer normal. Su maternidad divina no la diviniza, pero la eleva a una categoría única, y tan sublime, que hace que volvamos los ojos hacia ella viendo en ella la mejor intercesora que tenemos ante Dios. María es la Mujer que no siendo Dios está por encima de todo lo creado.

Pero engloba toda la historia de la Salvación. Prefigurada en distintos pasajes del Antiguo Testamento, es quien abre las puertas del Nuevo Testamento para dar entrada a Cristo, razón, centro y culminación, de toda la Creación.

¿Entendió María hasta dónde la elevaba el mismo Dios? Seguramente no. Nos sucede a nosotros lo mismo. ¿Somos capaces de

comprender la grandeza que nos supone ser hijos de Dios por el bautismo? Seguramente no.

Sin embargo, y a pesar de no comprender a plenitud, nos sentimos agradecidos. Y nos esforzamos por ser buenos hijos de Dios.

María, por ser una mujer real, de carne y hueso, vive las etapas de la vida con total normalidad. Y en el reloj biológico, le llega la hora de hacerse novia. Y es la prometida de José, primero, y luego su esposa. Sólo que Dios actúa, y de qué modo, para que se cumpla su voluntad de salvar al mundo. Y Cristo vendrá al mundo como Hijo de Dios.

Su fe de mujer creyente es la fe de una mujer del pueblo, sencilla y humilde. Una fe que es al mismo tiempo confianza y entrega a Dios. Su fe es una fe dinámica puesta continuamente a prueba por la realidad de la vida.

Siente a Dios presente, en su historia personal de mujer y en la historia de su pueblo que espera al Mesías. Y lo siente en el devenir de la historia. Una historia que seguramente no aprendió tanto en los libros, cuanto en su corazón.

Las mujeres de su tiempo no tenían fácil acceso a la cultura transmitida en los libros. Pero aprendería sin duda en la transmisión oral de la historia contada y transmitida de padres a hijos.

De este modo sabe que Dios es el “Todopoderoso” (Ex. 6,3); el “Altísimo” (Gn. 14,18-22), el “Dios justo y salvador” (Is. 45,21), el “Santo” (Ex. 15,11), el que “reina por siempre jamás” (Ex. 15,18). Y María hace de Dios el centro de su vida.

La vocación de María es la maternidad.

Una maternidad por vocación. Dios la llama a ser Madre. María es para su Hijo. La misión de María en el mundo es ser la Madre de Cristo, y por voluntad de Cristo, también de toda la humanidad.

El grito de Jesús, en la cruz, “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc. 15,34), cuya respuesta es el silencio, aparente, de Dios, es como si Dios le dijera: No estás solo, tu Madre está contigo.

Al pie de la cruz, la figura de María cobra una importancia y un relieve inusitados, trascendentes y transcendentales. Y así, unida a Jesús en su vida y en su fe, en su amor y en su entrega confiada, también ella puede

decir con su Hijo Cristo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc. 23,46). En tus manos, Padre, deposito a mi Hijo, que no es mío, sino tuyo. Y con este Hijo te entrego también todos los demás hijos, nacidos de tu amor de Padre, manifestado en Cristo. Todo tan normal y tan sublime.

Y es que, las cosas de Dios suceden de manera tan sencilla, que todo parece normal. Y sin embargo, son de una envergadura colosal.

La madre de Jesús creyó en Dios y se fió completamente de él. Y Dios no falla nunca. Dirige la Historia con sabiduría y amor.

Pero a María hay que verla no sólo en los momentos más trascendentes de su relación con Jesús.

Hay que verla también en la cotidianidad, a sabiendas no obstante, de que la cotidianidad en Cristo y en María, siempre es transcendente.

Y así, por ejemplo, cuando asiste a una boda en Caná, de Galilea, que seguramente no sería la única boda en la que participaría, cobra un protagonismo silencioso y excepcional, célebre por los acontecimientos allí habidos; un hecho, al menos en apariencia, normal; uno más de la cotidianidad de su vida. Pero ante Dios, transcendente y sublime.

El protagonismo de María es callado y eficiente.

María es una persona real y muy normal. Sufre cuando hay que sufrir y goza cuando hay que gozar, como cualquiera de los humanos. Quitarle realidad y humanismo sería falsear la historia y no enterarse del plan de Dios.

Su inserción en la realidad cotidiana, pone de relieve el papel tan importante que María desempeña en el diario acontecer de la vida.

Como mujer que es, no pierde detalle de lo que sucede. Está atenta a cualquier eventualidad que se presente y donde ella pueda ayudar y ser útil. Pronto se da cuenta de que comienza a escasear el vino. Y de modo discreto y eficiente, se preocupa de que ni los recién casados adviertan el fallo o escasez de vino. Quiere que estén bien, que lo pasen bien; que sea el día más feliz de su vida.

Con qué dulce autoridad, que no autoritarismo, actúa María. Tiene experiencia como ama de casa, sabe que a la mujer le corresponde sacar adelante el hogar. Y asume un protagonismo, necesario y eficaz, que pasa desapercibido hasta para los novios e invitados al banquete de bodas.

Ese es el verdadero y auténtico protagonismo: hacer que todo funcione sin que se advierta su presencia. Mover los hilos sin que se vea la mano que los mueve.

Y cuando el milagro realizado por Jesús, de cambiar el agua en vino se produce, es posible que muy pocos dentro de la misma boda llegaran a enterarse. Y en todo caso, en ese momento se fijarían más bien en Jesús, que es quien lo realiza; y no en María, por quien se produce el milagro.

María es un canto al amor humano.

La presencia de María en Caná es al mismo tiempo un canto al amor humano, que es inseparable del amor divino. Es ella quien empuja a su Hijo a que intervenga, ante la delicada situación que por falta de vino se puede producir, de que la fiesta decaiga y que la boda, motivo de celebración gozosa y festiva, termine siendo un desbarajuste.

Y así, sin aspavientos, sin que nadie lo advierta, pone a Jesús en el centro de la escena. Jesús pasa a ser el protagonista de la fiesta, de la alegría que conlleva la boda, sin quitar para nada protagonismo a los verdaderos protagonistas de la boda, los novios. Pero de fondo, hay otro protagonismo: el de María que, a su vez, lanza a su Hijo a un protagonismo casi desapercibido, pero tan importante que inaugura los signos de Jesús.

Sin María, no hubiera actuado Jesús. Y sin ellos, la boda de Caná no hubiera pasado a la historia. Prefigurada a lo largo de toda la Biblia, la Historia de María, y su actuación, culmina en el Evangelio.

Bendita porque has creído

Verdes estaban los trigos
en los balcones del alba
cuando María tomó
la senda de la montaña.

Con su esposo, en Ain Karén,
feliz por ser agraciada
con un hijo en las entrañas,
allí vivía Isabel.

Avanzaba el mes de abril,
cuando cantan los jilgueros
y se estremece el jardín
en azahar de limoneros.

Con gran cariño se abrazan
las dos benditas mujeres
regocijadas sus almas
entre un rumor de claveles.

¡Bendita porque has creído!,
fue el saludo de Isabel,
y se alzó un clamor festivo
en la tierra de Israel.

¡Bendita porque has creído!,
dice de nuevo y Isabel,
y María ha respondido
cantando al Dios de Israel.

(De mi poemario, Cometas en libertad)

CUADRO 2

MARÍA, TAN HUMANA, TAN DIVINA

En cualquier país cristiano que uno recorra se encuentra con ermitas, capillas o templos, dedicados a la Santísima Virgen María. Abundantes advocaciones marianas con que el pueblo cristiano le manifiesta su amor, ternura, cariño y devoción.

No es algo nuevo. La presencia de María ha sido una constante en la Iglesia desde el origen mismo del cristianismo. Antes de que Cristo en la Cruz nos la entregara por Madre, antes del nacimiento oficial de la Iglesia en Pentecostés, donde ella estaba presente, mucho antes, cuando su Divino Hijo comenzaba a formarse en su seno virginal, ella había dicho proféticamente, en el encuentro con Isabel: “Desde ahora, me felicitarán todas las generaciones” (Lc, 48).

No estaba pensando en ella, al pronunciar estas palabras, sino en el Dios “que ha hecho maravillas”. Fueron respuesta a la alabanza que le acababa de lanzar su prima Isabel: “¡Bendita tú entre las mujeres... Bendita tú, que has creído!” (Lc 1,42.45).

María hizo posible el nacimiento de la iglesia.

En la Anunciación, el Ángel Gabriel la saludó así: “Alégrate, llena de gracia” (Lc 1, 28). Y desde entonces, el mundo entero participa de su gozosa alegría, y lo manifiesta alzando en su honor, catedrales, templos, ermitas. Si bien es cierto que todo lugar de culto va dirigido a Dios en Cristo, esto no obsta para que el pueblo cristiano sepa acudir indistintamente al Hijo y la Madre, porque los dos están inseparablemente unidos. Donde está el Hijo está la Madre. Y en la Madre, estamos todos sus demás hijos, nosotros, los seguidores de Jesús (Ap 12,17).

Se ha dicho, con verdad, que la Iglesia nace del costado de Cristo, abierto por la lanza. Cristo es el Nuevo Adán, en referencia analógica al primer Adán, y en clara connotación bautismal. La Iglesia toma carta de oficialidad en Pentecostés. Pero cuando la Iglesia comienza a gestarse es en la Anunciación, cuando María da su “Sí” incondicional a Dios (Lc 1,38).

Lugar que María ocupa en la iglesia.

Pablo VI afirmó: “Ella es verdaderamente la madre de los miembros de Cristo, porque colaboró con su amor a que nacieran en la Iglesia los creyentes, miembros de aquella cabeza”. (discurso de 21.XI.64, al concluir el Concilio Vaticano II).

María es para toda la Iglesia un modelo asequible y precioso de fe y caridad, por ser, como dice el Concilio Vaticano II, “Miembro muy eminente y del todo singular de la Iglesia” (LG 53).

En ella encontramos una intercesora segura y muy valiosa. Vale leer, al respecto, la *Redemptoris Mater*. María es, podríamos decir, la vía corta para llegar a Cristo. Y todo, en razón de que es la Madre de Cristo. Su figura va asociada, íntima y necesariamente a Cristo. De ahí que su papel en la obra de la Redención sea único e irrepetible. Elegida por Dios para ser la Madre de Cristo resulta ser la mejor abogada de la Salvación que Cristo nos da.

Nuestra devoción a María.

En consecuencia, nuestro amor a María y nuestra devoción a Ella, no es algo pasado de moda, sino algo muy necesario e imprescindible. La razón es que, el amor y devoción a Ella nos lleva al mismo Cristo.

Esto lo ha sabido captar, social y antropológicamente, el pueblo cristiano. Basta ver que en los países donde, llegada la Navidad, se coloca “el belén”, toda la ternura que ello y su entorno conlleva, alcanza cotas inigualables al ver a María mostrándonos a su Hijo recién nacido. No se trata de una escena sensiblera. Se trata de la inmensa ternura que una joven madre, como es María, siente al tener al Hijo en sus brazos, y poder mostrarlo a todos. Amor de Madre. Y el pueblo cristiano, dotado de una sensibilidad extraordinaria, comparte con ella su gozo y su alegría.

Contemplar al Niño recién nacido, en medio de tanta pobreza y soledad, hasta desembocar en la Pasión y la Cruz, nos lleva a adentrarnos en el Misterio sublime de un Dios que es todo amor y que “nos ha hecho sentar en los cielos con Cristo Jesús, a fin de mostrar en los siglos venideros la sobreabundante riqueza de su gracia” (Ef 2,6).

Nos gloriamos, pues, de tener a la Virgen María por Madre. Y nos llenamos de gozo al ser sus hijos y devotos.

María es una invitación a la santidad.

Una de las cosas que más llaman la atención en María, es que se trata de una persona normal. Que siendo tan maravillosa, porque así Dios lo determinó, no alardea de su grandeza; pasa desapercibida, aparentemente. Porque, de tal modo se ha metido en el corazón del pueblo cristiano que sin ella el cristianismo no sería lo mismo. María es para todos un modelo de santidad, a la que todos estamos llamados. “Sed santos como vuestro Padre celestial es santo” nos dice Cristo (Mt 5,48).

Difícilmente se puede llevar y cultivar una vida cristiana y espiritual sin el amor y la devoción a María. Ella es ejemplo de respuesta a la Palabra de Dios, que constantemente nos interpela. Ella es presencia de Cristo, y por consiguiente, la primera en estimularnos a la práctica y constancia de los sacramentos, que son la fuerza para el vivir cristiano. Y, en consecuencia, la mejor presencia y acicate para el cumplimiento de nuestros compromisos personales, familiares, y sociales. Con ella a nuestro lado nunca nos faltará el mejor vino, como en las bodas de Caná (Jn 2).

La Fuente de la Virgen

La Virgen va a buscar agua
hasta la fuente del pueblo
lleva al hombro el cantarillo
y a Jesús Niño en su seno.

Quién fuera el sol y alumbrar
hasta la fuente el sendero
por donde va el cantarillo
junto al Niño Nazareno.

Me llenaría de luz
junto al agua del venero
y al Niño yo le diría
déjame ser tu sendero.

(De mi poemario, Acuarelas de la tarde)

CUADRO 3

MARÍA, RECONSTRUCTORA DEL HOMBRE

Un mundo de pobres.

La peor de las lacras sociales es hoy la pobreza. Una pobreza que es real y artificial al mismo tiempo. Que es real a la vista está. Y que es artificial, también. Porque la pobreza, al menos en su extrema gravedad, es evitable. La tremenda desigualdad entre unos y otros en el mundo actual es el sarcasmo más blasfemo de todos los tiempos contra el mismo hombre.

Además, la pobreza crea bolsas tremendas de incultura. Gente cuyo talento jamás será aprovechado, gente que pasa desapercibida, porque la falta de recursos les impide ir, ya no sólo a una escuela superior o a una universidad; ni siquiera a una escuela primaria. Sin contar el problema de convivencia social que se va creando, por el resquemor que la misma pobreza conlleva.

El mundo en tiempos de María.

El mundo que le tocó vivir a María era una sociedad patriarcal y judía, donde la mujer carecía de relevancia social. El pueblo judío, para colmo, estaba sometido económica y militarmente a los romanos.

Las hijas pasaban del poder del padre al poder del esposo. Su función principal era la maternidad. Podían ser repudiadas fácilmente por el marido. No se le tenía en cuenta ni en la sinagoga. Es célebre el dicho del judío varón, que alababa y daba gracias a Dios por no haberlo creado mujer. Por más que todo, por fuerza de la costumbre, pudiera parecer normal, no dejaba de ser una injusticia y una humillación para las mujeres.

María, esperanza para el pueblo cristiano.

El pueblo cristiano tiene sin duda una innata intuición que le hace comprender dónde radica el valor de cada cosa. Y en María vio una llamada para su vivir diario. Un modelo de referencia seguro.

Ella era humilde, gozosa, agradecida, a pesar de que Dios la había constituido, y quizá por eso mismo, tan maravillosa.

No se ensoberbece, ni se le sube a la cabeza su privilegio de ser la Mujer elegida por Dios entre todo el pueblo judío para ser la Madre del Mesías. Pueblo, por lo demás, que había estado por siglos de siglos esperando este momento.

Siente que Dios está con ella. Esto es lo importante. Y que por ella, está con todo el pueblo, sobre todo con los más pobres y humildes. Y sabe proclamar que Dios “derriba de sus tronos a los poderosos del mundo”.

Al igual que Cristo, su Hijo, ella acompaña también, con su saber estar, al pueblo que, como ella, tiene el corazón abierto a Dios. La causa de su Hijo es su causa. Y la causa de su Hijo son los pobres.

Como dice el documento de Puebla (nº 297) “María se manifiesta como modelo para quienes no aceptan pasivamente las circunstancias de la vida personal y social, ni son víctimas de la alienación, sino que proclama con ella que Dios ensalza a los humildes y, derriba a los potentados de sus tronos...”.

Urge reconstruir al hombre.

La situación de pobreza opresora y denigrante en que vive tanta gente hoy, pensemos en la situación de los emigrantes, en las pateras que con tanta frecuencia se las traga el mar, en las mujeres maltratadas, en la explotación sexual de tantos niños por el turismo sexual y aberrante, en los salarios de hambre, en los parados por falta de trabajo, convierte en urgente la necesidad de que la sociedad en general y los gobiernos de turno en lo particular, todos, reflexionemos al respecto y tratemos de poner límite a esta lacerante realidad.

¡Cuántas mujeres hay hoy en día resignadas, pero no felices! Y sin embargo, hemos nacido, todos, para ser felices. No todos lo consiguen. Las situaciones condicionan. El ser humano se reconstruye desde la sintonía con Dios y con los demás. Pero los que ostentan el poderío económico son los primeros obligados a construir un mundo mejor para todos.

Sucede que no hay vida cristiana si no hay sintonía con Dios. Urge, pues, vivir la vida en el Espíritu. Sólo Dios es camino de libertad. Urge vivir en el amor de Dios, porque somos hijos de Dios. Y siendo el amor difusivo, necesitamos amar también a los demás.

Y urge amar al estilo de Dios. Amar como Dios ama y amar lo que Dios ama. Nadie mejor que María para echarnos una mano a la hora de poner en práctica esta dimensión del amor. El Papa Francisco en la Exhortación *Evangelii Gaudium*, (*La Alegría del Evangelio* n.288). señala: “Es la mujer orante y trabajadora en Nazaret, y también es nuestra Señora de la prontitud, la que sale de su pueblo para auxiliar a los demás ‘sin demora’ ”. ¡Sin demora!

Dios ama al hombre y al mundo.

San Juan nos dice: “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único. Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo” (Jn 3, 16-17).

El Dios de María es el Dios de la Historia. Es el Dios que ama a la Humanidad porque es su creación. En consecuencia, Dios ama todo lo que pertenece a la humanidad, como es la cultura, las religiones, y todo aquello que el hombre legítimamente ama. Dios ama a cada persona en particular. Dios ama a cristianos, judíos, musulmanes, y demás religiones, porque ha enviado a su Hijo al mundo para salvar a todos.

Pero hay que amar, ésta es la base, como Dios ama, y con el amor con que Dios nos ama. La contraseña de que pertenecemos a Dios es el amor. No es la doctrina lo que nos distingue. La identidad de los hijos de Dios es el amor.

Dios ama al Hombre. Dios ama la Vida. Dios ama la Naturaleza. Dios ama a María, y en ella encontramos un modelo firme que afianza nuestra esperanza de poder reconstruir al Hombre.

Dios ama la vida.

“Somos el *pueblo de la vida* porque Dios, en su amor gratuito, nos ha dado el *Evangelio de la vida* y hemos sido transformados y salvados por este mismo Evangelio. Hemos sido redimidos por el “autor de la vida” (Hch 3,15 y a precio de su preciosa sangre (cf 1 Cor 6,20; 7,23; 1 P 1,19)... Así se expresa el Papa Juan Pablo II en la encíclica “*Evangelium Vitae*”, donde el Papa santo clama por *una nueva cultura de la vida humana*.

¿Cómo no va a amar Dios la vida si es el autor de la misma? Y en medio del Evangelio de la Vida, María, como reconstructora del Hombre.

CUADRO 4

CORAZÓN DE MUJER, MUJER DE SENTIMIENTOS

María, la llena de Gracia, se enteró por el ángel de dos cosas: que Dios le pedía ser la Madre de su Hijo, al hacerse Hombre. (Lc. 1,26-38). Y que “su prima Isabel, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y la que llamaban estéril está ya de seis meses”. Va a ser madre. Que para Dios no hay nada imposible” (Lc. 1,36-37). ¿Cuál es la respuesta de María? Abrir el corazón a Dios. Y al prójimo.

Abre el corazón a Dios: “Aquí está la esclava del Señor, cúmplase en mí lo que has dicho” (Lucas 1,38).

Abre el corazón al prójimo. En este caso el prójimo más inmediato y necesitado es su prima Isabel, a punto de dar a luz. María se pone en camino y va a Ain Karen para atenderla.

Todo esto es posible desde la fe. María es Mujer de fe. La fe lleva a la solidaridad. La fe lleva también a salir de uno mismo. Por eso, María no se queda cerrada en sí misma, en plan idílico y narcisista. Por el contrario:

No se encierra en su mundo feliz, pensando que va a ser madre, que colma una aspiración primaria en cualquier mujer. Que incluso puede necesitar la asesoría de otras personas, por ser madre primeriza. Tampoco se lanza a publicar su secreto privilegio y su alegría. María sale de su mundo y viaja a toda prisa a la montaña, a Ain Karen, (Lc. 1,39), lejos, a más de 120 km de Nazaret para ayudar a Isabel.

Es el modo que tiene de ser Mujer solidaria. Y todo, en aras de la fe en el Dios que se hace pequeño, que se hace solidario. El Dios con nosotros.

Al saludo de su prima responde con el Magnificat: (Lc.1,46-55). Y glorifica al Dios de los humildes. El Dios Liberador, Salvador: “Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador”. El Dios de la Santidad. La santidad de Dios es su misericordia infinita para con los hombres. El Dios de los pobres.

María es solidaria con el Dios Santo y Todopoderoso, solidario con los humildes, con los explotados, con los parias de la tierra. Pero donde María va a mostrar mejor su solidaridad es al lado de su Hijo que muere en la cruz.

El Dios de la vida, de la solidaridad es el mismo que lleva a Jesús a la pasión y a la cruz por la salvación de todos. Un acto sublime, que los humanos no somos capaces de entender porque rebasa los parámetros de nuestra capacidad de entendimiento. Una consecuencia se deriva de todo esto: Para solidarios de verdad, hay que serlo según lo es Dios, y según lo fue María.

Otro momento clarificador para nosotros de su solidaridad es el de las bodas de Caná, aludido más arriba: “No tienen vino” (Jn. 2,3). Y tuvieron vino, y hubo alegría y fiesta. Y la boda fue icono de solidaridad y unidad.

Así es María, la que sabe estar en el momento oportuno donde se la necesita. El Papa Francisco, a propósito, dice en el n.286 de la Evangelii Gaudium: *“María es la que sabe transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura. Ella es la esclavita del Padre que se estremece en la alabanza. Ella es la amiga siempre atenta para que no falte el vino en nuestras vidas. Ella es la del corazón abierto por la espada, que comprende todas las penas. Como madre de todos, es signo de esperanza para los pueblos que sufren dolores de parto hasta que brote la justicia. Ella es la misionera que se acerca a nosotros para acompañarnos por la vida, abriendo los corazones a la fe con su cariño materno. Como una verdadera madre, ella camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del amor de Dios”*.

Así se nos muestra María, como una Mujer de sentimientos y de corazón. Porque el corazón es una puerta abierta siempre a los demás. Y los demás, se llaman Dios y el prójimo. Que Dios está, sobre todo, en los más necesitados.

CUADRO 5

MARÍA, MUJER SOLIDARIA

En lo religioso, el ser humano es insaciable. Cuántos libros no se habrán escrito sobre las distintas religiones, y sobre la oración como actitud del creyente ante el misterio. Pero el ser humano siempre necesita más, busca más. En parte se debe precisamente a que no puede abarcarlo todo. El misterio le desborda, y es entonces cuando se produce ese arco tensado que le mantiene unido con lo inabarcable.

La religión es un modo de conectar con lo inabarcable, con el misterio transcendente; por eso, la religión es, sobre todo, adoración, contemplación, abrir el corazón a Dios... Pero también a los demás.

María, mujer creyente y solidaria.

Es lo primero que hay que destacar en María, que es mujer creyente. Dios está con ella y ella con Dios. Y el lenguaje para comunicarse con Dios es la oración. La oración abre el corazón a Dios. La oración abre el corazón al prójimo. Es natural, pues, que cuando Dios le pide, desde su libertad de mujer y de creyente, respuesta a su plan de salvación, María responda: “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38).

Y enterada del embarazo de su prima Isabel, se ponga en camino para atenderla. Es la actitud lógica de una persona, como María, creyente, y profundamente religiosa. Ser creyente significa, en consecuencia, salir de sí misma. Y María sale de su mundo, de sí misma, y viaja a toda prisa a la montaña, a Ain Karen, (Lc. 1,39),

La religión es solidaridad.

Ninguna religión tiene el monopolio de la verdad, ni la exclusiva de la salvación, ni de Dios. Pero algo imprescindible en esa porción de salvación y de verdad que corresponde a cada religión es la solidaridad.

Sin solidaridad no hay religión. La religión, sea la que fuere, no es sólo unirse a Dios, es también unirse al prójimo. Religión que no sea solidaria no es religión, sino intimismo consigo mismo. La solidaridad es arco de unión, de encuentro, y signo visible también. Por eso, cuando en aras de esta solidaridad se produce el encuentro entre María e Isabel, la reacción lógica en Isabel es prorrumper en un grito de gozo: “¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!”.

Y la respuesta agradecida de María es, desde el “Magnificat” (Lc 1,46-55), un canto de acción de gracias al Dios en quien cree. Es decir, sale de sí misma, para proclamar con fuerza la verdad de Dios, que es Salvador y Liberador: “Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador”.

Y reconoce, agradecida. La actuación de Dios en ella: “El poderoso ha hecho obras grandes en mí”. Y se rinde en adoración ante Dios: “Él es santo y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación”.

Sin ni siquiera darse cuenta, María nos descubre la clave del actuar de Dios: Su solidaridad. Dios es solidario, sobre todo con los pobres y humildes. Y nos descubre la santidad de Dios: El Dios santo y misericordioso, que actúa a favor de los más pobres y humildes. Dios es solidario. Y lo demuestra haciéndose Hombre en Jesús.

Porque Dios es solidario, viene a salvar al hombre, varón y mujer, de toda esclavitud, sobre todo la más alienante de todas las esclavitudes: el pecado. La religión, o es solidaria o no es religión. La solidaridad va más allá del culto. A Dios hay que adorarlo en espíritu y verdad.

Y María lo sabe. Y desde su fe de mujer creyente, sintoniza con el Dios de la solidaridad, al que había aceptado plenamente en su corazón y en su vida.

María, modelo de solidaridad.

Es uno de sus rasgos inconfundibles que aparecen a lo largo y ancho de todo el evangelio. Está siempre al lado de Cristo, y al mismo tiempo, y por lo mismo, está al lado de cuantos la necesitan.

“No tiene vino” (Jn 2,3), dirá en Caná. Y su intervención hace que no falte ni el vino real, ni el metafórico, de la alegría y de la solidaridad entre las gentes.

Como destacó Juan Pablo II en la “Sollicitudo Rei Socialis”, “su solicitud maternal se interesa por los aspectos personales y sociales de la vida de los hombres en la tierra”.

Viendo la actitud de María, cabe preguntarse: ¿Dónde está nuestra solidaridad? ¿Cuál es el grado de nuestra religiosidad?

Adorar a Dios en espíritu y verdad.

Es importante tener una idea cabal de Dios, porque dependiendo del concepto o imagen que tengamos de Él así será nuestra vida. Si tenemos la idea de un Dios que está en la estratosfera, por lejano, no nos interesará. Si pensamos que Dios es alguien que está esperando que cometamos una infracción para castigarnos, le tendremos miedo. Pero Dios no es el Dios ausente ni el Dios del miedo. Es el Dios del Amor.

Urge dar el paso progresivo y rápido de un Dios considerado como Poder a un Dios adorado gozosamente como Amor. La omnipotencia de Dios está en el amor. Sólo el amor nos hace libres. Sólo el amor nos lleva hasta Dios. Que por algo Dios es Amor.

Dios es dinamismo de amor. Por consiguiente es el Dios de la ternura. Por eso se ha hecho Hombre entre los hombres. No tener esto claro, sería lo mismo que desconocer a Dios y, en consecuencia, fabricarnos un Dios falso. Y hoy abundan los falsos dioses, los ídolos de la conveniencia que a diario nos fabricamos.

Urge descubrir al Dios del Amor.

Si no hemos descubierto que Dios es Amor, nuestra relación con Él será el miedo o el interés egoísta. Pero el miedo lleva a estar a la defensiva. Y en consecuencia, desaparece la libertad.

Pero Dios, por ser el Dios del Amor es al mismo tiempo el Dios de la Libertad. La religión verdadera está hecha de amor, de solidaridad y de libertad. El miedo crea la magia.

María ha optado por el Dios del Amor, de la Libertad, y de la Vida.

CUADRO 6

MARÍA, LA MUJER IDEAL

El Evangelio traza unos cuantos rasgos de María, no muchos, pero sí suficientes para imaginárnosla como la Mujer ideal. Su historia personal trasciende el tiempo, hasta entrar en la grandeza inconmensurable de Dios, que la ha creado para ocupar un puesto tan inigualable y único en la Historia, tanto de la Creación, como de la Redención.

Sin ser divina es profundamente humana. Y tan humana, que roza lo divino en el plan de Dios. Dios la ha querido así.

María de Nazareth, una muchacha que, como las demás chicas de Nazareth, tendría sin duda un rostro agraciado y unos ojos de mirada limpia, profunda y radiante; en una palabra, guapa. Pero que pasaría desapercibida entre la gente en cuanto a las maravillas que Dios estaba actuando en ella. “Ha sido preservada de la herencia del pecado original”, diría el Papa (Juan Pablo II, “Redemptoris Mater”, 10). Así actúa la gracia de Dios. Así actuó en ella.

¿Llegaría María a comprender el plan que Dios se había trazado, y cómo se realizaba en ella? Misterio. La fe se va abriendo paso poco a poco, como la luz matinal cuando amanece. Los caminos de Dios son siempre caminos de fe. Pero también de amor, para los que hace falta una respuesta desde la libertad. Y desde su libertad y entender, responde: “Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38).

Pues bien, no sólo la gracia de Dios actuando en ella, sin la cual nada hubiera sido posible, sino también su libertad puesta en acción, y con qué fuerza, hacen de María un ser extraordinario. Como resalta la “Redemptoris Mater”:

- “María, la Madre, está en contacto con la verdad de su Hijo únicamente en la fe y por la fe...”
- “María ha pronunciado este fiat por medio de la fe. Y por medio de la fe se confió a Dios sin reservas...” (nº 13).

¿Cómo se imaginaría María a Dios? La óptica de visión de cada quien es personal e intransferible. Nadie da lo que no tiene. Quien está lleno de bondad, transmite bondad; quien está lleno de amor, transmite amor.

En la sinagoga de Nazareth escucharía al rabino hablar de Dios como el “Todopoderoso” (Ex. 6,3), el “Altísimo” (Gn. 14,18-22), el “Dios justo y salvador” (Is. 45,21), el “Santo” (Ex. 15,11), el que “reina por siempre jamás” (Ex. 15,18).

Pero más allá, o más acá, de todos esos títulos, no por grandilocuentes menos ciertos, María veía desde la sencillez de su corazón, lleno de amor. Y desde su amor intuyó y comprendió que Dios es amor, que está con los sencillos. Que estaba en ella. Y que “para Dios no hay nada imposible” (Lc. 1,31-37).

Y así, cuando su Hijo viene al mundo por los caminos teofánicos del Dios que es Amor, puede comprender que aquel niño balbuciente es nada menos que el “Hijo del Altísimo”.

Y si ella no se distinguía de las demás mujeres de Nazareth, lo mismo sucedió con su Hijo. Aquel chaval que jugaba con los demás muchachos en las calles terrosas del pueblo, que no se distinguía de los demás, resultó ser, nada menos que, el “Hijo de Dios”.

Los caminos de la fe no son evidentes. El misterio se descubre poco a poco, en un proceso de normalidad. Y María siguió este proceso de normalidad. Y que, sin duda, le costó. Lo entendió poco a poco, pero “todo lo guardaba en su corazón”, como aquel día cuando en las fiestas de la Pascua Jesús se “perdió”, con toda intención, en el templo. “¿No sabían que yo tenía que estar en la casa de mi Padre? Ellos no comprendieron lo que quería decir” (Lc. 2,41-50). Pero María había acogido, y creído la “palabra de Dios” sobre su hijo, en la anunciación, y había escuchado: “Será grande..., Dios le dará el trono de David..., reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin” (Lc. 1,32-33).

Cuando mejor lo entendió, debió ser estando al pie de la cruz. Mientras todos se mofaban del Crucificado, ella, silente testigo, que en silencio es como mejor se ama, comprendió la grandeza de Dios. Y la grandeza de Dios está en ser capaz de llegar, con Cristo, hasta la muerte en cruz.

Esta María, la Madre de Dios, la Inmaculada, la siempre Virgen, sí, Ella, tuvo que recorrer los caminos de la fe desde la puesta en acción de su intransferible libertad.

VIRGEN NAZARENA

Lenta, sugerente,
va subiendo la oración vespertina
en la aldea,
como incienso de alabanza,
antes que el sueño se entremezcle
con las sombras medrosas de la noche
arropada en la neblina.

Se oye el susurro del agua
que corre mansa en la fuente
como un salmo en forma de plegaria
que estremeciera el alma aún niña
de una joven nazarena y virgen.
Su nombre es María.

Huele a leña verde el fuego
que crepita y arde
suavemente, a veces, con brío otras,
en el tranquilo hogar nazareno.

De pronto, una gran claridad:

“¡Alégrate, María!”,
el ángel de Dios le dice.

Y todo su ser se estremece
de arriba abajo sorprendido.

“¡No tengas miedo, María,
que eres de Dios amada
y de gracia tu alma rebosa!”.

Cuando María comprende
lo que Dios de ella requiere,
con sencillez y humildad exclama:
“¡Soy del Señor la esclava,
hágase en mí según tu palabra!”.

Y Dios al caer de la tarde
se hizo, de golpe, luz y alborada
en las entrañas de una virgen
a quien por siempre dirán:
“¡Bienaventurada!”.

(De mi poemario, Acuarelas de la tarde)

CUADRO 7

MARÍA, MUJER Y MADRE

María es Mujer.

María antes que Madre fue Mujer. Expresado así, parece una afirmación gratuita. Mas no lo es. Porque situar a María en la dimensión de mujer, es situarla en un mundo real. Y además de real, personal y concreto: mujer.

Como mujer tiene unos sentimientos propios, definidos, intransferibles. Es mujer y no varón. Luego su camino, en cuanto persona del sexo femenino, está marcado y definido para siempre. Es inmutable en todo su mapa genético.

Por consiguiente, como mujer, tiene unos instintos y unos sentimientos genéticamente marcados. La estética, la belleza, la coquetería femenina, son prendas que la adornan, como a cualquier mujer. Y sus sueños tenían que ser necesariamente sueños de mujer. Y sin duda, el principal por primario, sería el sueño de la maternidad. Tanto es así, que cuando Dios interviene en su historia personal para hacerla Madre de Cristo, ella ya se ha adelantado en el proceso biológico e imparable de los instintos naturales a los acontecimientos que van a venir y de los que ella no tiene la menor idea. Y la vemos como novia de José. “Desposada” dice el evangelio, que no significa estar ya casada, sino prometida formalmente en matrimonio.

En consecuencia, en el orden natural de las cosas, María tuvo que fijarse en José. Se fijó en él, no en otro. Porque entre todos los jóvenes de Nazareth, sin duda el más apuesto para ella, el que más le gustaba, era José. Y aun cuando los padres de los respectivos novios tenían mucho que ver, sobre todo en el contexto judío, con la futura boda, eran los novios en definitiva los protagonistas. Y una boda no se hace a ojos cerrados.

San Pablo dirá que “la gracia presupone la naturaleza”. Es decir, Dios actúa sin violentar las leyes de la naturaleza. Pero Dios eleva, sublima, transforma. Y elige a María, sin violentar sus instintos, sus

sentimientos, sus ilusiones, ni su escueta realidad personal. De modo que, esto es lo primero que acontece en María: es mujer. Y sobre esta base real y concreta, Dios va a hacer maravillas.

María es Madre.

Si en toda mujer la maternidad corresponde al aspecto primario y maravilloso de los sentimientos y de la naturaleza, en María esa función maternal también se va a cumplir. Pero aquí sucede algo peculiar: Dios entra en acción. Y así, la maternidad de María va a trascender el mundo de la naturaleza para entrar en el mundo de lo trascendente. Dios interviene respetando la naturaleza, pero colmándola de gracia, de amor, de santidad y de ternura.

El portal de Belén es el mejor símbolo de esa ternura que transciende los tiempos: “Os anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre” (Lc 2, 10-12).

María sigue a Jesús.

María, desde el momento en que entiende lo que Dios le pide, se compromete con el plan de Dios, como la primera seguidora de Jesús. Con razón, el querido Juan Pablo II expresó en la Redemptoris Mater que “María siguió paso a paso tras Jesús en su maternal peregrinación de fe” (nn 20.26). Jesús no vino al mundo en plan turista. Vino con la misión específica de traer la Buena Nueva: Que Dios es el Padre de todos; a todos nos ofrece en Cristo la salvación. De ahí se sigue que, si Dios es Padre, nosotros sus hijos, y si hijos, hermanos. Por tanto, hijos en el Hijo.

¿Qué conclusión podemos sacar de todo esto?

Que siendo Dios, el Dios de la Vida:

- Debemos amar la Vida.
- Respetándola de principio a fin.

Pero es también necesario:

- Que nos esforcemos por construir un mundo mejor, más solidario, donde nadie muera de hambre.

Esto no es una utopía irrealizable, bastaría con una mejor distribución de la riqueza. Y aún habrá que añadir:

- Vivamos como hijos de Dios.
- Sintámonos hijos de nuestra Madre del cielo, María.
- Y sigamos la línea de vida que nos marca el Evangelio.
- Porque el Evangelio es vida.

ANTE EL BELÉN

Hoy quisiera traerte, mi Jesús Niño del alma,
como en los sueños del belén de mi infancia,
árboles, prados y montes, ovejitas y pastores,
y aquellos ríos hechos de papel de plata,
todo a medida de un mundo maravilloso, infantil, a colores.

Mas prefiero traerte la gente,
con sus penas y llantos, con sus cuitas y amores,
y el dolor acuciante del próximo desahucio.

Por cuna tuviste un pesebre, comedero de paja
de mansos animales, y el calor de unos padres,
pero no un hogar por casa,
porque el mundo te dio la espalda.

Estos que hoy te traigo, son mi gente,
unos vienen con hambre, desde lejanos desiertos,
por tierra, por mar y en pateras, los más,
pero todos agarrados vienen a una esperanza,
porque a ellos también les ha vuelto la espalda
la oligarquía, la banca, y una política sin alma.

Quisiera traerte un mundo bonito, a colores,
y un manojo de rosas cortadas al alba,
sin embargo, ya ves,
hoy el mundo sigue al revés.

Sólo te pido, mi Niño, que escampe pronto la niebla,
del resentimiento, del odio o la envidia,
y amanezca cuanto antes la paz, la justicia,
el amor, la esperanza, y brille otra vez la estrella
sobre este planeta de densas tinieblas.

Este es mi sueño de infancia, vertido en plegaria,
recordando el belén, con María y José, la mulita y el buey.

(De mi poemario, Jardín ausente)

CUADRO 8

MARÍA, DE SORPRESA EN SORPRESA

Madre de Cristo

Por tradición, puesto que pertenecía a una familia profundamente religiosa, qué duda cabe que María conocía las Escrituras. Y por la asistencia asidua al culto y a las explicaciones correspondientes en la sinagoga. Y por convicción personal.

Mujer, pues, creyente y practicante de una religión profundamente arraigada en la entraña misma del Pueblo, que daba personalidad y cohesión al Pueblo, donde nada se entendía sin referencia directa a Dios, María esperaba con ansias y fe profunda, como todos los judíos, la venida del Mesías prometido por Dios a nuestros primeros padres en el Paraíso terrenal.

Lo que nunca podía imaginarse que ella iba a ser la Mujer que Dios había designado para ser la Madre del Mesías prometido y esperado. De ahí la enorme sorpresa que tuvo que llevarse cuando de pronto Dios le envía, como nos cuenta san Lucas en el primer capítulo de su evangelio, a su mensajero el Arcángel san Gabriel, embajador de la más augusta Nueva.

Esa fue su primera sorpresa: la presencia del Ángel de Dios. La segunda tuvo que ser el saludo que le dirige: “Alégrate, llena de Gracia..., el Señor está contigo”. La tercera, el contenido central del Mensaje: Elegida para ser la Madre del Dios hecho Hombre.

Incluso, como si esto fuera poco, por el Ángel se entera también del embarazo de su pariente Isabel. Y se pone en camino para atenderla en el parto.

Vale la pena advertir que, las cosas más sublimes suceden con la mayor naturalidad. Sin duda que la vida de María, al nivel más antropológico, cambió desde ese momento. Y sin embargo, en apariencia, su vida continuó con normalidad, como si nada hubiera ocurrido. Pero en su seno comenzaba a gestarse una nueva vida. Dios la guiaba. Dios actuaba

en ella. Dios estaba con ella y en ella. Había llegado la plenitud de los tiempos. Y se convierte en la Madre de Cristo.

Madre de los cristianos.

Fueron pasando los años. Cristo estaba en la plenitud de su vida. Y sucede todo lo que sabemos por los Evangelios.

Estamos ante la escena más dolorosa para María: por una parte, ver morir a su Hijo en la cruz. Por otra parte, la más gloriosa para los cristianos. Es allí, al pie de la cruz, donde se produce el parto más increíble de la historia: se convierte en Madre de todos los cristianos, representados en la persona del apóstol Juan. “He ahí a tu hijo...”. Y Juan era representante y símbolo de todos los cristianos.

Precisamente, el mismo Juan nos cuenta en su Evangelio: “Estaban de pie junto a la cruz de Jesús su Madre y la hermana de su madre, María de Cleofás y María Magdalena. Al ver a su madre y a su lado el discípulo a quien tanto quería, dijo Jesús: ‘Mujer ahí tienes a tu hijo’. Luego dijo al discípulo: ‘Ahí tienes a tu madre’. Y desde aquella hora la acogió el discípulo en su casa” (Jn. 19,25-27)

Podemos decir que, ahora, los sorprendidos somos nosotros. Por la entereza que tuvo al pie de la cruz. Y por el inestimable regalo que Cristo nos hizo al entregárnosla por Madre. Cristo, que nos había dado horas antes el Mandato del Amor, lo estrena brillantemente cuando, en un gesto magnífico de amor, nos regala lo mejor que tenía: su propia Madre. Mejor testamento no lo hubiéramos soñado.

Y no es tanto que nosotros cuidemos de Ella, sino que es María quien cuida de nosotros, como Madre tierna y amorosa. Es, pues, natural y sobre todo es justo, que los cristianos la honremos con tanto cariño. Y en devoción filial le consagremos los pasos todos de nuestra vida.

Madre de la Iglesia, al pie de la cruz.

Hay un detalle, en la muerte de Cristo, que a nadie pasa desapercibido, y del que se ha escrito tanto. Dice el Evangelio: “No le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua” (Jn 19,33). Es un pasaje muy elocuente; clara referencia, y de aplicación bautismal. Del agua y del Espíritu, nacemos los cristianos: hombres y mujeres “nuevos en Cristo” (Jn. 3,3-7). Cristo muere y resucita. Su costado es una fuente de agua viva

y sangre redentora. Y el Bautismo es también morir y resucitar con Cristo, como elocuentemente lo expresa san Pablo en el capítulo seis de la Carta a los Romanos.

Ahora bien, María ha estado siempre unida a Jesús. María quiere activamente que se realice la misión de su hijo: el Reinado de Dios, la salvación. Para eso aceptó, cuando la Anunciación, ser su Madre. Y cuando Cristo nos la entrega por Madre, no se opone; todo lo contrario.

Por eso, cabe aludir a otra sorpresa. Cuando el Sumo Sacerdote, “profetizó que Jesús iba a morir por la nación, y no sólo por la nación sino para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos...” (Jn 11,51), es claro que en los planes de Dios está que Cristo sea el centro de la unidad. Dios quiere que “todo el que reconoce al Hijo tenga vida definitiva y lo resucite yo en el último día” (Jn. 6,40).

No podemos olvidar que María está unida, en cuerpo y alma, a Cristo su Hijo. A su voluntad. A su amor redentor. En consecuencia, María es también causa de unidad para todos los cristianos, centro de unidad para todos sus hijos dispersos.

Donde podemos ver también el sentido de su Maternidad universal, además de junto a la Cruz, es en Pentecostés, al estar presente en medio de los apóstoles, tras la ascensión de Cristo a los cielos (Act 1, 12-14). Su presencia es ejercicio directo de una maternidad universal. Por eso, en verdad, María es Madre de la Iglesia.

Nacido en el heno

Saltan cielos y tierra de alegría
admirados y llenos de sorpresa,
pues Jesús a la Virgen, que le besa,
le dice con ternura: ¡Madre mía...!

Eres cariño, paz, Virgen María,
eres el Jardín donde la Promesa
brotó como una flor intacta, ilesa,
pues eres tú más limpia que la fría

nieve, cuya blancura nos conmueve.
Es tu alma paz, ternura desbordada,
esperanza y amor de un mundo nuevo.

María mira al Niño y no se atreve
a decirle, de pena entreverada:

¿Por qué has nacido, Dios mío, en el heno?
(De mi poemario, Jardín ausente)

CUADRO 9

MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA

María junto a la Cruz de su hijo.

El Evangelio de san Juan dice: “Estaban de pie junto a la Cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María de Cleofás y María Magdalena. Al ver a su madre y a su lado al discípulo a quien él quería, dijo Jesús: Mujer ahí tienes a tu hijo. Luego dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora la acogió el discípulo en su casa” (Jn. 19,25-27).

Este gesto de Jesús agonizante va mucho más allá de la simple y justa preocupación por dejar a su Madre a buen recaudo. Es convertirla en Madre de toda la Iglesia, representada de modo provisional y vicario en Juan, mientras llega el día de Pentecostés cuando la Iglesia se hará oficial por la venida, guía y santificación, del Espíritu Santo.

Universal maternidad de María.

¡Qué momento más sublime y grandioso el que Cristo elige para convertir a su Madre en Madre de toda la Iglesia! El momento cumbre de la Redención, cuando está, víctima sobre el altar de la Cruz, ofreciéndose en gesto de vaciamiento total de sí mismo al Padre. Es mucho más que un acto de piedad filial del Hijo hacia la Madre. Se trata de hacer nueva la Creación. Se trata de un nacer nuevo y para siempre a la dimensión de la salvación.

Cristo está muriendo en la Cruz y de su costado brota, como dice el evangelio sangre y agua. Todo un simbolismo de redención y purificación. Toda una referencia expresa al bautismo. Se lo había dicho a Nicodemo: “Hay que nacer de nuevo” (Jn 3, 3-7), en alusión directa al bautismo.

Madre siempre unida al Hijo.

Era natural que María, unida siempre a Cristo, fuera testigo y protagonista directa de este nuevo nacimiento, donde ella, y ese es su auténtico bautismo, el de su maternidad, se convierte en Madre de toda la

Iglesia. Se inaugura así el Reino de Dios. La salvación es ya realidad tangible. En la misión del Hijo colabora estrechamente la Madre. Hasta ahí le ha llevado su fe, amor y entrega total a Dios.

¿Pierde un Hijo? Ella sabe que no, ya que resucitará al tercer día. Y además, gana un sin número de nuevos hijos: toda la Humanidad, nacida por la muerte y resurrección de Cristo. A Cristo le costó horribilmente este momento: “Si es posible, pase de mí este cáliz”, había exclamado en el huerto de Getsemaní. Pero el cáliz no pasó. Y acepta la voluntad del Padre. Y muere en la Cruz. Espiritualmente hablando, María pasa también por todo este proceso de agonía y resurrección al pie de la Cruz. Y acoge como hijos, con maternal ternura, a toda la Humanidad. A partir de ahí, todos somos hijos de María.

Madre de la Iglesia.

Cuando el Papa Pablo VI proclama a María “Madre de la Iglesia”, en realidad no hace, ni descubre, nada nuevo. Desde siempre el pueblo cristiano tenía la conciencia diáfana de que María es la Madre de la Iglesia.

Es sabido que el Concilio Vaticano II evitó darle este título porque María no ha engendrado a la Iglesia, no está por encima de la Iglesia. Es miembro, después de Cristo el más cualificado, de la Iglesia. María está en la Iglesia, es la primera cristiana.

La “*Redemptoris Mater*” (n. 24) se expresa así: “Las palabras que Jesús pronuncia desde lo alto de la Cruz significan que la maternidad de su madre encuentra una ‘nueva’ continuación en la Iglesia y a través de la Iglesia, simbolizada y representada por Juan”. En Juan, que la toma como madre propia, todos los creyentes tomamos también a María como Madre nuestra.

Muerte sacrificial.

La muerte de Cristo en la Cruz es al mismo tiempo Eucaristía. Cristo se ofrece al Padre como víctima propicia por toda la Humanidad. Es acción de gracias también por poder llevar nuevamente al Padre tantos hijos dispersos. La Cruz se convierte así en árbol florecido de vida.

La vida cristiana comienza en la Cruz. El Bautismo, fuente y manantial de vida eterna, comienza en la Cruz, llega a su madurez responsable en la Confirmación, y se plenifica en la Eucaristía. La Eucaristía es el sacramento cumbre y centro de la vida de la Iglesia. De tal

manera que, donde no hay Eucaristía no hay vida cristiana. Igual que sin Cruz no hay Resurrección.

Por otra parte, la Eucaristía abarca dos aspectos complementarios: es sacrificio y es banquete. Cristo realiza su sacrificio en la Cruz como víctima de salvación universal. Se sacrifica por toda la humanidad.

Pues bien, ese sacrificio se perpetúa en el tiempo y se actualiza en cada altar donde la comunidad celebra el sacramento de la Eucaristía. No son distintos sacrificios. No son dos sacrificios. Es el mismo, único, e irrepetible. En la Cruz, fue cruento. En el altar, es incruento.

Es también banquete. Banquete cultural en el que participa toda la Iglesia, representada por la comunidad que participa en cada celebración eucarística. La carta a los Hebreos dice: “¡Cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo!” (Heb 9,14). Y un poco más adelante añade: “Cristo se ofreció una sola vez para borrar los pecados de todos” (Heb 9,29).

El Sacrificio de Cristo en la Cruz se convierte al mismo tiempo en banquete. Él, que es la Víctima, es también el alimento, el banquete en plenitud. Banquete de gozo, de alegría. De acción de gracias, en definitiva, que eso significa Eucaristía.

¿Qué tengo que hacer para salvarme?

Fue la trascendental pregunta que Nicodemo hizo a Jesús: ¿Qué tengo que hacer para salvarme?”. Cristo le responde que tiene que “volver a nacer” (Jn 3). Nicodemo lo tomó al pie de la letra. No entendió el lenguaje metafórico. Pero en vez de levantarse, y escandalizado marcharse, insistió. Y en el diálogo con el Señor entendió la respuesta.

A la distancia del tiempo, para nosotros en cierto modo es más fácil entender, porque hay toda una perspectiva histórica y viva de los mismos sacramentos. Y así, sabemos que la Eucaristía es Sacramento de plenitud y de vida. Centro de la vida misma de la Iglesia. Sacramento que, como todos los demás, nacen del amor entrañable de Cristo desde lo alto de la Cruz.

CUADRO 10

POR LA CRUZ A LA LUZ

La iniciativa es de Dios, y del seguidor la libertad.

En su Plan de Salvación para el Hombre Dios ha querido elegir a María, y la ha destinado, para la obra más colosal: la Redención.

La iniciativa en el Plan de la Salvación viene de Dios. Pero Dios es siempre sorprendente. Y de pronto, María se ve implicada en una labor que jamás hubiera podido soñar: ha sido elegida para ser la Madre del Salvador.

Un día Cristo dirá a sus discípulos: “El que quiera venir conmigo, que se niegue a sí mismo”. Cristo no se anda con rodeos. Esta invitación es a participar en su Pasión, Muerte y Resurrección. Seguirle significa tomar la cruz.

La palabra cruz, en boca de Cristo, y que invita a llevar, es una metáfora con base real. La metáfora invita a ir más allá de la apariencia de las cosas. Más allá del sentido literal, el menos importante, la metáfora tiene un sentido real, que es lo que importa. La cruz, en Cristo, significa autoexigencia personal. Abarca toda la vida del seguidor. Así, por ejemplo, para los profetas: la cruz fue la Palabra. El profeta Jeremías, pongamos por caso, alude al “desprecio de la gente”, que él tiene que soportar por proclamar la Palabra. (Jr 20,7-9). Y San Pablo dice con toda claridad que le cuesta predicar. “Mas, ay de mí si no proclamo la Palabra”. Es decir, la cruz tiene un contenido real en la vida diaria y personal.

Así las cosas, sin duda que la cruz de María consistió en decir Sí al plan de Dios, e implicarse en el Plan de la Redención. A nosotros, vistas las cosas a la distancia, nos pueden parecer todo fácil. Nos puede resultar fácil ver a María con ojos idílicos. Con una devoción mitad sentimiento y mitad sentimentalismo. Porque la hemos idealizado. A veces, tanto, que corremos el riesgo de desubicarla.

Es verdad que toda su figura arrastra a la ternura. Que eleva la mente y el corazón de quien la ama. Que le podemos echar piropos y decirle las cosas más bonitas. Porque María es como una musa que inspira sentimientos muy nobles, que nos eleva a cotas muy altas de espiritualidad. Pero todo esto sucede porque, más allá de lo periférico y circunstancial de los sentimientos, hay una realidad seria y formal: está la cruz. Seguir a Cristo es cargar con la cruz.

Ella aceptó llevar la cruz. Lo hace desde su entera libertad. Dios le invita. Ella acepta. De nada serviría la invitación si no se acepta. Pero la verdadera aceptación se hace desde la libertad. Y María fue una Mujer libre.

María, mujer para la comunidad.

Posiblemente, los primeros cristianos intuyeron pronto el significado e importancia de María en la vida personal de cada quién y en la vida de la Comunidad. Nadie desconocía que Cristo se la había entregado por Madre a Juan. La palabra Madre era otra metáfora del lenguaje. Pero, como siempre, más allá de las palabras, está la realidad. Y la Comunidad sale beneficiada con su presencia. María se convierte para los cristianos en una referencia directa a Cristo. María es el camino corto para llegar a Cristo.

El Ángel Gabriel le había dicho: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo” (Lc 1,28). El Evangelio añade: “Y Ella se turbó al oír estas palabras, preguntándose qué saludo era aquel”. (Lc 1,29). Era algo más que un saludo. Era la invitación a asumir una responsabilidad trascendental. Como Mujer primero, como Madre de Cristo después, y finalmente, como Madre de la Comunidad eclesial.

Su respuesta, pues, iba a tener una trascendencia universal para el cristianismo. Y ella, libremente se arriesga y asume sus responsabilidades: Ante Dios, ante sí misma, y ante la Historia de la Humanidad. “Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38). Y la voluntad de Dios se hizo. Fue así cómo María se convierte en la primera seguidora de Cristo: desde la aceptación de la voluntad de Dios. Y se convierte, también, en centro de referencia, en el mejor icono de Cristo, para la Comunidad.

Todo esto acontece a contracorriente del sentir de la gente, en una región, Galilea, despreciada por muchos (Jn. 7,52), y en un pueblo del que se dice: “¿De Nazareth puede salir algo bueno?” (Jn. 1,46). Pues sí, puede salir algo bueno. Dios hace maravillas.

Cuando un día de tantos, Jesús vuelve a Nazareth, donde se había criado, lo desprecian por ser hijo de una sencilla mujer de pueblo: “El hijo de María” (Mc. 6, 1-6). Pues, “el hijo de María” es nada menos que el Hijo de Dios. Y ella, la elegida por Dios para la más sublime maternidad.

Así las cosas, María llegará a ser la Madre de todos los creyentes. Madre de la Comunidad, la Comunidad que surge con fuerza el día de Pentecostés bajo el impulso del Espíritu Santo.

Ahora es cuando, con Ella, podemos decir llenos de agradecimiento a Dios: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador, porque se ha fijado en su humilde esclava” (Lc. 1,46-49).

María, por la cruz a la luz

Efectivamente, María, por esa cruz libremente aceptada desde el momento en que acepta ser la Madre de Cristo, y que culmina con toda crudeza el Viernes Santo, llega hasta la Luz gloriosa de la Resurrección de su Divino Hijo.

La Resurrección es el triunfo total de Cristo. Y María participa, gloriosa y felizmente, en el triunfo del Hijo. Pero María, con toda su grandeza por ser la Madre de Cristo, no es un ídolo, ni un ser de otro mundo. No es una diosa. Es una Mujer. Simplemente. Eso sí, una mujer en la que Dios ha hecho maravillas.

A María hay que mirarla, pues, desde la óptica de Dios. Es la joya de Dios. Por eso, cuando así la miramos, es cuando la podemos llamar feliz y bienaventurada. “Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada” (Lc 1,48). Es cuando podemos llenarla de nombres gloriosos y excelsos. Y ensalzarla, porque primero la ha ensalzado el mismo Dios.

CUADRO 11

MARÍA, EN LA VIDA DE LA IGLESIA.

El Concilio de Éfeso, (431) se refiere explícitamente a María diciendo que es la “Theotokos”, es decir, “Madre de Dios”. Madre del Dios encarnado. La colaboración de la Santísima Virgen María en la obra de la salvación es inequívoca. Ya antes del Concilio de Nicea (325) a la Santísima Virgen se la llama la “nueva Eva”. Y a Cristo el “nuevo Adán”. En el siglo II, san Justino en Roma, san Ireneo en Lyon y Tertuliano en Cartago, partiendo del paralelismo Adán-Cristo, que hace san Pablo (Rom 5, 12-21), aplican un paralelismo análogo: Eva-María.

A María la Iglesia la ha visto siempre en su misión de intercesora junto a su Hijo Jesús. Los primeros cristianos vieron a María como “la llena de gracia”, la “bendita entre todas las mujeres”.

Culto a María.

De ahí que los Padres insistan en la imitación de María. San Ambrosio afirma: “La vida de María por sí sola es ya escuela para todos”. Más tarde, será Santo Tomás de Aquino quien afirme que a María debe dársele un culto superior a los santos. Si para ellos el culto es de “veneración” (dulía), el culto a María debe ser de hiperdulía. Por supuesto, menos que a Dios que es “adoración” (latría), pero más que a los santos. La Iglesia, desde los comienzos prácticamente, estableció un creciente y variado culto a la Virgen.

La expresión «toda santa» (panaghia) es de la primera mitad del siglo IV. Hasta convertirse en expresión común de la literatura bizantina, con base bíblica. Todo esto, devoción, títulos, etc, que se dan a María, está basado en la Biblia y en la Tradición, transmitida por los antiguos Padres, y que culminó en la definición del dogma de la maternidad divina de María. Dogma, por lo demás, proclamado contra Néstor en el Concilio de Éfeso.

Los Hechos de los Apóstoles la presentan junto a los discípulos a la espera del Espíritu Santo (Hech 1,14).

Los Padres Apostólicos, por ejemplo san Ignacio, ponen de relieve su maternidad divina. En el siglo II, Justino en Roma, Ireneo en Lyon y Tertuliano en Cartago, partiendo del paralelismo Adán-Cristo, de san Pablo (Rom 5, 12-21), desarrollan el paralelismo análogo: Eva-María.

Cuando a partir del siglo III, comienza a extenderse el monacato, y la vida consagrada, se toma a María como modelo del ideal de virginidad en el seguimiento de Cristo. Antioquía, sede de uno de los tres primeros grandes Patriarcados de Oriente, descuellan como el lugar donde se instituye la primera fiesta mariana en el siglo IV.

No deja de ser sintomático que fuera precisamente allí donde a los seguidores de Jesús se les llamara por primera vez “cristianos”, que es el nombre que ha quedado para la historia. Ya entre los siglos VI y VII, encontramos instituidas en Oriente las grandes fiestas marianas, como: La Anunciación, la Asunción, la Natividad, la Presentación y la Concepción Inmaculada.

La devoción a María, por Cristo.

Pero, curiosamente, las fiestas de la Virgen están íntimamente ligadas al Misterio de Cristo, de tal manera que se consideran como fiestas del Señor. En cuanto a la Asunción de María a los cielos, fue el emperador Mauricio, hacia el año 600, quien prescribió su celebración en todo el Imperio con fecha del 15 de agosto.

En cambio, en Occidente no se conoce ninguna fiesta mariana anterior al siglo V. Por lo que se refiere a las iglesias dedicadas a María: Fue en Palestina donde se construyeron dos durante el siglo V: una en Jerusalén en el lugar señalado como el sepulcro de la Virgen. Otra en el monte Garizim.

A la difusión de la devoción a María en Occidente contribuye de modo notable la llegada a Roma de los monjes que huían de Oriente tras las invasiones tanto de los persas como de los árabes. Y en Alejandría, la antigua iglesia patriarcal es dedicada a la Virgen en el siglo V.

María, primera discípula de Cristo.

La devoción que la Iglesia, comenzando por Oriente y siguiendo por Occidente, ha tenido siempre a María, se debe fundamentalmente a la misma santidad de María. Es la primera discípula de Cristo. La primera en seguirle.

Los santos Padres resaltan que la santidad de María no es algo mágico. Ella desde su plena libertad se pone incondicional al servicio de Dios. San Juan Crisóstomo dirá que de nada hubiera servido a María dar a luz a Cristo si no hubiera estado interiormente llena de virtud (Comentario al Evangelio de S. Juan, XXI, 3).

Otros Padres, como Orígenes, san Basilio, san Juan Crisóstomo, señalan también cómo María siguió un camino de progreso en la virtud. María fue la primera y mejor discípula del Señor. De ahí también nuestro cariño a Ella, Madre de Dios y Madre nuestra.

Un relicario es María

Un relicario es María
llevando a Cristo en su seno
cuando a su prima visita.
Las dos mujeres se abrazan
en un encuentro festivo
juntando dos Alianzas:
El Antiguo Testamento
lo representa Isabel,
María inaugura el Nuevo.
Dos niños, dos profecías,
y aunque Juan nació primero,
Jesucristo es el Mesías.
Dos mujeres que son madres
no habiendo lógica humana
y sí el querer del Dios Padre.
Así se escribe la historia
que no depende del hombre
pero lo encumbra a la Gloria.

(De mi poemario, Pretel del Tiempo)

CUADRO 12

MARÍA, EN LA DIMENSIÓN DEL REINO

Cristo es lo mejor que le ha ocurrido al mundo.

Cristo vino al mundo por María. Decirlo así parece una ingenuidad. Pero ¿qué hubiera ocurrido si María no hubiera aceptado el plan de Dios? ¿Es impensable pensarlo? No hay que olvidar que María era libre. Estar destinada en el plan de Dios para ser la Madre de Cristo no la convierte en un robot. Siendo libre podía haber dicho No, en vez de Sí. Desde luego, no estaríamos hablando ahora de María. Pero sí del plan de Dios de salvar al mundo. La libertad que tuvo María para decidir su respuesta no la tuvo Dios. Dios no puede dejar de ser Amor. Pero Dios sabía que María no le iba a fallar.

Cristo vino al mundo a traer la salvación. Por eso Cristo es el verdadero Evangelio o “Buena Nueva”. Él es quien nos comunica que Dios es Padre de todos. No hay lugar para la orfandad. En consecuencia todos somos hermanos. Pero María, además de hermana por ser de nuestra misma raza humana, es también Madre, por decisión del mismo Cristo. De este modo, al decir que Cristo es lo mejor que le pudo pasar al mundo, esta afirmación hay que extenderla también a María.

Cristo trae el Reino de Dios.

Independientemente de que a Cristo quisieran hacerlo rey los mismos judíos, es decir, la facción que veían en Él la solución a los problemas por lo menos más inmediatos, es Rey. Se lo pregunta Pilato, y Cristo responde afirmativamente. Cristo es Rey y nos trae el Reino de Dios, y lo que eso conlleva de libertad, amor, solidaridad, fraternidad, justicia, reconciliación, felicidad..., amor, en definitiva. Cristo nos invita a escuchar la Palabra de Dios y ponerla en obra.

Escuchar la Palabra no significa ponerse a leer un libro, como puede ser la misma Biblia, a la que también llamamos Palabra de Dios, sino abrir el corazón de par en par a Dios. Ponerse en la misma onda de sintonía con

Dios. Eso fue cabalmente lo que hizo María. Ella que, posiblemente por ser mujer, no supiera leer, ya que en su tiempo las mujeres no tenían mucho acceso a los estudios. Las mujeres estaban destinadas fundamentalmente a las faenas del hogar, y su primera función era la maternidad.

Maternidad trascendente.

En María la maternidad va mucho más allá de lo biológico. Su maternidad trasciende todos los límites de lo humano. Por eso, cuando Cristo parece no aceptar sin más el elogio que hacen de su propia madre: “¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron!”, no es porque esté en contra de la familia y menos de su madre, sino porque quiere hacernos comprender que la verdadera familia trasciende los lazos de la sangre para entrar en una dimensión mucho más rica e importante: la Familia de Dios, el reino de Dios. “Mejor, ¡dichosos los que escuchan el mensaje de Dios y lo cumplen!”.

Naturalmente que en esa bienaventuranza a quien primero abarca Cristo es a su propia Madre: “Aquí tienen a mi madre y mis hermanos; el que pone por obra el designio de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mc 3. 34-35). ¿Y quién mejor que María para cumplir la voluntad de Dios?

María a la escucha de la Palabra.

Antes que por los lazos de la sangre, María está unida a Cristo con lazos más fuertes que los de la carne y sangre. En primer lugar, la fe. Ella fue la primera en escuchar la Palabra de Dios y en cumplirla. Y la primera alabanza le viene de su prima Isabel: “Bendita tú entre las mujeres” (Lc 1, 42).

María es bendita por haber creído a Dios. “¡Dichosa tú que has creído!” (Lc 1, 45). Es bendita por ser la Madre de Cristo. Es bendita por conservar en su corazón la Palabra de Dios, a pesar de que muchas veces no entendía el plan de Dios. Pero seguía creyendo al Dios de la misericordia y de la salvación. “María conservaba estas cosas meditándolas en su corazón” (Lc 2, 19.51).

Igual que Cristo tenía que “estar en las cosas del Padre”, así María estaba en las cosas del Padre. Por eso María es también Evangelio vivo, Buena Nueva para todos nosotros sus hijos. Su sola presencia ya era anuncio del reino de Dios.

Importa seguir a Cristo.

Lo que cuenta es seguir a Cristo incondicionalmente. Quien le sigue se convierte en su Familia. El seguimiento se hace desde la libertad. Como María. Juan Pablo II en la “Redemptoris Mater” dice: “Desde el momento de la anunciación y de la concepción, desde el momento del nacimiento en la cueva de Belén, María siguió paso a paso tras Cristo en su maternal peregrinación de fe...” (nn 20.26).

Para poder seguirle, sin desfallecer, Cristo nos da su propio Cuerpo en la Eucaristía: “Yo soy el Pan vivo que ha bajado del cielo. El que come mi Cuerpo y bebe mi Sangre habita en mí y yo en él. El que come de este Pan, vivirá para siempre”. “Esto es mi Cuerpo que es entregado por vosotros, haced esto en memoria mía” (Jn 6).

Cristo que había tomado cuerpo en María, se queda con nosotros, y lo hace en la forma asequible, inteligible y familiar del pan eucarístico. Nos da a comer su propio Cuerpo. Es como si, de algún modo, también estuviéramos comulgando, metafóricamente, a María.

La Eucaristía es alimento para el camino de la vida. En la Eucaristía el amor a Dios y al prójimo se identifican. Y en ese amor, que todo lo cristianiza, María está también presente. El amor cristiano no es una metáfora, sino hermosa e imprescindible realidad. Como María.

La Eucaristía, al mismo tiempo, es el juicio inexorable para la conciencia de la sociedad de hoy y de siempre. Si “en el atardecer de la vida nos han de examinar de amor” como se expresa san Juan de la Cruz parafraseando el capítulo 25 del evangelio de san Mateo, el examen estará dictado por la Eucaristía, centro del Amor de Cristo a toda la Humanidad, ya que la Eucaristía es sacramento de perdón, de misericordia, de amor, de comunión.

CUADRO 13

NAZARETH, ALETEAR DE ÁNGELES

Difícil resulta sobreponerse a tantas emociones como las que se viven cuando se visita Tierra Santa. Cada piedra, cada paisaje, cada persona, todo, absolutamente todo, tiene una vida especial para el peregrino. Es un libro abierto que guarda mucha historia.

Es gratificante repasar las cientos de fotografías que uno guarda para el recuerdo. Es como entablar un diálogo con un pasado histórico convertido en presente.

Según iba pasando las hojas del álbum, me detuve en una, preciosa; se trataba de El Santuario del Libro. Parecía la tapa de una jarra. Recordé las tinajas en que aparecieron los Rollos del Mar Muerto. Rollos, o manuscritos del Mar Muerto. Inmortalizados para la posteridad. Remembranza. Revivían momentos de un pasado importante. Así era. Hubo una lucha entre los Hijos de la Luz y los Hijos de las Tinieblas. Eso, al menos, transcribían los famosos textos. Lógicamente, por Hijos de la Luz se entendía la comunidad Esenia. Los Hijos de las Tinieblas, por el contrario..., es fácil imaginarlo. Bastaba fijarse en el lenguaje elocuente de los símbolos, de los que la Biblia es el mejor exponente. Había un vivo contraste de colores: el Santuario del Libro, blanco. Negro, el muro de la entrada. Significativo. Y no quedaba ahí el simbolismo. Con el basalto se quería resaltar, y resaltado quedaba, el peso tremendo que el Pueblo judío ha tenido que soportar a lo largo del tiempo. Persecuciones, destierros, injusticias...

Me hubiera gustado tener alguna foto del interior, pero no me dejaron tomar ninguna. Pensé entonces que las mejores fotos no son las que se sacan con la cámara fotográfica, sino las que se archivan en la mente. Y es que, la Historia tiene sentido cuando se hace vida. Aquí estaba ante una Historia viva.

Aquellos Rollos, hallados tanto en las Cuevas de Qumran, como en Massada, al igual que las cartas de Bar-Kojvá, y otros objetos, me

recordaban que aquellos hombres supieron vivir apasionadamente su momento.

Las fotos me retrotraían a la realidad de la historia cuando de la historia se hace vida. ¿Hay algo más simple, maravilloso y sublime que la vida?

La Historia se eterniza en el pueblo. Pero los pueblos se eternizan en la Historia.

Mientras mis ojos recorrían el álbum de fotos, mi interior, recorría los escasos 160 kms. que separan Jerusalén de Nazareth.

Los recuerdos, estampados en la memoria y en el corazón, no guardaban un orden necesariamente lógico de tiempo, lugares y vivencias. Aquellas llanuras de Esdrelón, zona fértil e importante para la agricultura. Y escenario de fuertes acontecimientos bélicos. Esta región, conocida también con el nombre de Valle de Yezrael, que se extiende hasta Samaría, ha pasado a la historia no sólo por las guerras, sino también por otros acontecimientos. A la izquierda quedaban los montes Gélboe. Y más allá, muy cerca del Pequeño Hermón, la ciudad de Afula. Si los montes hablaran, cuántas cosas nos contarían.

Los montes no hablaron. La Biblia hablaba por ellos. En la vertiente sur del monte Sunem. El pueblo de la sunamita, una mujer sin hijos; y aunque tenía riqueza, no era feliz. La ausencia del hijo, instintivamente añorado y deseado, la hacía infeliz. La Biblia, en el segundo Libro de los Reyes cuenta que el encuentro con el profeta Eliseo cambió su vida. La santidad del profeta le había llamado la atención. Por eso, siempre que el hombre de Dios pasaba por el pueblo, lo invitaba a comer. Es un hombre santo, le decía la sunamita a su marido. Lo era.

—¿Qué podemos hacer por ti, mujer? ¿Quieres que hablemos al rey en tu favor?

Mujer altiva, ella no quiere favoritismos del rey. Le basta y sobra con la protección de su clan. Desea, eso sí, desde lo más profundo de su ser, un hijo. Sin él, no es feliz, ni puede serlo.

—“Mujer, el próximo año, por este mismo tiempo, abrazarás un hijo”.
—“Hombre de Dios, no me engañes”.

El hombre de Dios no la engañaba. “Concibió la mujer y dio a luz un niño, en el tiempo que le había dicho Eliseo”.

Cuando el niño creció fue donde su padre que andaba con los segadores. Fue donde su padre, y para más señas, con un fuerte dolor de cabeza; tanto, que el chico murió. ¿Una insolación?

El padre, no debió tomar muy en serio las quejas del hijo cuando llorando gritaba:

—“¡Mi cabeza, mi cabeza!”.

Mandó a un criado que lo acompañara y llevara a la casa, sin dar mayor importancia a las quejas del muchacho. La madre, en cambio, comprendió la gravedad. Se le murió entre las manos. Sintió que su corazón de madre se le partía al sentirlo muerto. Pero lejos de avisar a nadie corrió al Monte Carmelo en busca del profeta. Este mandó por delante a su criado con el bastón. Pero la mujer quiere que sea el propio profeta, en persona, quien llegue a la casa. Las siete veces que, según el relato bíblico, Eliseo sopla sobre el niño, es una alusión clara al espíritu de vida que Dios insufla en las narices de Adán. En definitiva, se resalta la vida. Y la mujer quiere la vida de su hijo.

Dejé que el recuerdo de los acontecimientos narrados por la Biblia me embebiera. Observé los montes. Recostado al otro lado, es decir, sobre la falda norte del monte, está Naím, donde Jesús volvió a la vida a un joven, hijo de una viuda. Un poco más al este, En-Dor, donde Saúl, disfrazado para que no lo reconocieran, fue a consultar a una pitonisa. Saúl lo sabía, lo preveía. La batalla iba a ser dura. Y tenía miedo, qué duda cabe. Estaba nervioso, quería saber el resultado. Y un día antes de la misma se fue a consultar a la pitonisa. Mal hecho. Efectivamente, de nada le sirvió; perdió la vida en la batalla.

Más allá, frente al Pequeño Hermón, en dirección norte, el Tabor, el monte de la Transfiguración. Y al occidente, la montaña del Carmelo, donde aún resuena la voz recia de hombres tan importantes como los profetas Elías y Eliseo.

Cuántas páginas de historia viva se estampaban contra el tiempo. Y cuántas de ellas transmitidas bajo el rico lenguaje de los símbolos. Los símbolos son lenguaje, lenguaje llano que nos ayuda a llegar hasta el límite donde se encuentra el silencio sublime de la mente, que es el lenguaje por excelencia, lenguaje de ángeles.

Los ángeles, me decía a mí mismo, son metáfora de Dios, y de nosotros mismos. ¿No es la mente el más sutil y afortunado espíritu que, anclado en el tiempo, lo trasciende para convertirse, como los ángeles, en mensajero de sueños imposibles? Donde no hay espíritu no hay nada. Es el espíritu quien sublima la materia y la eterniza.

Atardecía y estábamos llegando a Nazareth. No sólo el recuerdo, también una honda emoción me acompañaba y embargaba. Sentí como un aletear de ángeles en torno a Dios y a la Virgen. A Dios me lo imaginé como un gran Soñador. El primer gran Soñador.

Y el hombre con Él. Dios nos soñó desde su libertad, desde la claridad eterna de su ser. Y en su libertad, nos creó para la libertad; la misma que deja entrever el espacio, el tiempo, y la eternidad.

Nazareth. Entramos en la hermosa Basílica de Anunciación, construida en el lugar donde vivió María. Donde recibió la visita del Arcángel Gabriel. Lugar para ensimismarse en profunda oración.

Me vino a la mente el pensamiento de que nuestro mundo universo era un inmenso y limpio jardín con sabor a infancia, donde había ríos, muchos ríos; y mares, muchos mares; y árboles, muchos árboles; de frutos en sazón; y mundos a granel; y selvas, y desiertos. Pero, curiosamente, el árbol mejor, el de la libertad.

Miré, sin abrir los ojos, el entorno: pasado, presente y futuro, que yo no podía abarcar. Simplemente, miraba, mientras mi mente dibujaba una sonrisa agradecida que se fundía con la sonrisa complacida con que Dios había creado el universo inabarcable. Y en ese Universo, María. Y María, desde su libertad, optando por un Sí total y radiante al Señor.

Estamos acariciados de eternidad, pensé. También de libertad. Sin libertad, el hombre no sería humano.

Me imaginé la escena. Un ángel cruzaba raudo los cielos de Nazareth, la pequeña aldea, hoy hermosa ciudad, la patria chica de Jesús de Nazareth.

Recordé el pasaje. A alguien, se le ocurrió decir: “¿Acaso de Nazareth puede salir algo bueno?”; lo recoge el evangelista Juan en su evangelio (Jn 1,46). Pues sí. Y vaya que sí.

Como de puntillas, para no profanar la santidad del lugar, me asomé a la cueva, es decir, la casa literalmente, donde vive una joven, de nombre María, Su virginal juventud está en sazón. Sueña, y aunque ni se le haya pasado por la imaginación, su sueño pronto alcanzará una trascendencia que supera toda realidad.

Acaba de regresar de la fuente; la misma que, con el tiempo, llevará su nombre. Ha depositado el cántaro en un rincón de la cueva que mantiene durante todo el año la misma temperatura ambiente. Todo huele a limpio. Sus padres se han acostado ya en una de las estancias de la amplia cueva. Ella se ha puesto a rezar —que rezar también es soñar— muy cerca del candil que esparce su luz parpadeante con resplandor centrífugo, pero generoso.

De pronto, cuando apenas entraba la noche, como si se hubiera anticipado el amanecer, una luz que iba creciendo en intensidad llenó toda la estancia. Cerré los ojos para no perder detalle. La escena en mi mente era diáfana. Una brisa tenue producida de pronto, como si hubiera habido un batir de alas de ángeles, me dio en el rostro. Era tal la suavidad que embriagaba los sentidos. Me pareció oír: “Soy la esclava de mi Señor, que se cumpla en mí su voluntad”. Los labios de la joven se movían delicadamente. Está rezando.

Está soñando, son los sueños de Dios. La luz que había iluminado la estancia momentos antes comenzó a desaparecer. La brisa sutil se calmó. Todo quedó en silencio. El arcángel Gabriel sobrevolaba Nazareth. El arcángel Gabriel anunciaba:

—“¡Jaire, María!” ¡Alégrate, María!”.

Y María respondía:

— “Hágase en mí según tu Palabra”.

En la Basílica de la Anunciación sonaba la música del ángelus.

—“El Ángel del Señor anunció a María...”

Arrodillado, y como si de una ofrenda, o de una oración se tratará, fui desgranando interiormente un poema.

CUADRO 14

DE DOCE ESTRELLAS CORONADA

Cuántas veces las palabras dicen más de lo que parecen decir. Si, por ejemplo, yo escribo: doce estrellas. Doce es un número. Simple aritmética. Pero doce es también un símbolo. Metáfora y plenitud.

En el Apocalipsis la Mujer aparece coronada de doce estrellas. No es casualidad. El doce en este caso no es un simple numeral, sino un símbolo. Esas doce estrellas están representando a las doce tribus de Israel; y, por consiguiente, a la Humanidad. En el número 68 de la “Lumen gentium”, del Vaticano II, se dice: “María antecede con su luz al Pueblo de Dios peregrinante como signo de esperanza y de consuelo”.

María es un símbolo de unidad de toda la Humanidad. Y el Pueblo de Dios ha tenido siempre un olfato intuitivo e innato para captar las cosas de Dios. El auténtico teólogo es el Pueblo; luego, a continuación y de él, irán surgiendo los teólogos profesionales que irán dando forma y expresión a las grandes intuiciones del mismo.

En el Pueblo de Dios, María tuvo siempre una especial y exclusiva prioridad. Se trata de la Madre de Dios, se trata de la Mujer radiante del Apocalipsis, se trata de la Inmaculada, se trata de la Mujer asunta a los cielos en cuerpo y alma, se trata de la Madre de toda la Humanidad, Se trata, en definitiva, de la Mujer. Y Ella no es una diosa, pero es la Madre de Dios, por ser la criatura que Dios eligió para hacerse Hombre en Jesucristo. Ella es la Mujer. Única, irrepetible. Es, en definitiva, el gran signo de esperanza para el pueblo creyente.

Glorificada en el cuerpo, es la exaltación y glorificación de la corporalidad, y por ende, de la sexualidad, como obra magnífica de Dios, lo que se resalta. La dicotomía cuerpo-alma, y entendido el cuerpo como negatividad, cuánto daño ha hecho a la misma persona, a través de los siglos.

Por distintos motivos e interpretaciones, tanto de tipo histórico como teológico, muchas veces mal entendidos, cuánta negatividad ha caído sobre el cuerpo. Con el agravante de haber pasado de una situación injusta, referente al cuerpo, donde, sobre todo en el orden de la sexualidad, prácticamente todo venía siendo malo, o en el menos malo de los casos, tabú, a otra en que todo se vale. Y así, se ha pasado a endiosar el cuerpo, en detrimento de otros valores imprescindibles para el bien de la persona.

La glorificación de María nos indica el valor del cuerpo, en armonía con toda la persona. Nos indica también que la vida temporal, por lo mismo, tiene caducidad. Pero que tras la muerte hay un cielo, Dios, que es nuestro destino final.

Para que haya armonía en la persona es necesario que cuerpo y alma estén en sintonía. Y es necesario ver la vida como el gran regalo de Dios, que es Amor. ¿Con qué cara nos vamos a presentar ante Dios si hemos negado la belleza del cuerpo? Negar el cuerpo es negar la obra de Dios. Sería como decirle a Dios: te has equivocado.

El ser humano necesita abrirse al misterio y verdad de Dios desde el misterio y verdad del mismo ser humano, a pesar de la historia y de la fragilidad humana.

CUADRO 15

CON MARÍA SIEMPRE

María, la Mujer por excelencia, la elegida por Dios para ser su Madre al hacerse Hombre, tiene tantos nombres cuantos hijos, es decir, infinitos. Pero todos coinciden y se resumen en uno: Madre. Es, sin duda, el mejor nombre que le podemos dar a la Virgen María: Madre. Por ese es precisamente su papel y su vocación: ser Madre.

En este sentido, hay una advocación y devoción antiquísimas, referidas a María: Madre del Perpetuo Socorro. Es uno de los innumerables Iconos con que la Iglesia Ortodoxa enriqueció al cristianismo. Ellos, que no podían esculpir imágenes, plasmaron la belleza de los sentimientos religiosos en los Iconos. En éstos han reflejado lo más entrañable del amor y del cariño de toda la cristiandad a la Madre de Dios. Sabia catequesis la de los Iconos.

El Icono con el nombre de Perpetuo Socorro es, ciertamente, tardío. Una de las innumerables copias de este Icono procede de la isla de Creta y se encuentra en el altar mayor de la Iglesia de San Alfonso en Roma. Pintado sobre madera, de 21 por 17 pulgadas, muestra a la Madre con el Niño Jesús.

El Niño es siempre referencia obligada a la Madre. Y la Madre al Niño, abarcando así la Humanidad entera. La Maternidad de María es universal. Pero María, la Madre, con el título entrañable de Perpetuo Socorro, es precisamente eso: una Madre. Y aparece gloriosa. Reina y Soberana.

Cuando el Niño observa a los dos arcángeles, Miguel y Gabriel, que le muestran los instrumentos de su futura pasión, escena que le produce miedo, en realidad el Icono nos está transmitiendo una de las catequesis más grandiosas y completas de la Redención.

El Niño está viendo lo que le va a pasar, “porque ya ha sucedido” (aoristo griego). Es decir, lo que en muchas lenguas no podemos fácilmente explicar, desde el griego se entiende mejor. Es un aoristo, o sea, un futuro

—lo que va a pasar—, precisamente porque ya ha pasado. Con un símil quedará más claro. Estamos viendo una película, pongamos por caso. Lo que sucede en la pantalla aparece como real y presente, pero posiblemente el protagonista ya hace años que falleció. Estamos viendo, pues, como dirían los españoles, “a toro pasado”.

El Niño se agarra con las dos manos a su Madre, que lo sostiene en sus brazos. El Icono expresa así la Maternidad divina de María. Y la seguridad que supone para sus hijos, y para toda la Iglesia. El Icono está lleno de detalles. Uno que vale la pena tener en cuenta: los colores de la ropa, tanto en María, como en el Niño y los Arcángeles. Tres colores vivos, alegres y festivos: rojo, verde y azul. Símbolo de las tres virtudes teologales: el amor, la fe, la esperanza. Símbolo también de fiesta, de glorificación, que se completa con el color oro del cuadro, representando el Cielo.

La Virgen del Perpetuo Socorro no es una Virgen dolorosa, ni de la pasión, en el sentido de dolor, o de tristeza. Por supuesto que María es Madre de la Iglesia desde la Cruz, cuando Cristo nos la entregó en la persona del Apóstol Juan. Por supuesto que María sufrió al pie de la Cruz. Pero el dolor por el dolor no tiene sentido. El triunfo de Cristo no está en el dolor que padeció en la Cruz, sino en su Resurrección y Glorificación. Y el Icono del Perpetuo Socorro resalta cabalmente el triunfo. Por eso es un Icono glorioso, de triunfo, de Resurrección, de Vida. De ahí que María va vestida radiante, igual que el Niño, como una Reina, llena de ternura.

Ese sentido de glorificación, de triunfo, es sin duda, lo que da tanta seguridad e inspira tanta confianza en este Icono; hasta convertirse en la advocación más universal que hay hoy en el mundo, referido a la Santísima Virgen María.

El Icono del Perpetuo Socorro que se venera en la iglesia de San Alfonso en Roma, fue el mismo que el Papa Pío IX mandó a los redentoristas darlo a conocer al mundo entero. Pío IX, amaba entrañablemente a la Santísima. Encargó a los Redentoristas que dieran a conocer y promovieran la devoción a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Y así se hizo y se sigue haciendo. Solemnizaron el acontecimiento. La imagen de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro fue llevada en procesión solemne por las calles de Roma. Hasta entronizarla en el altar mayor de la iglesia de San Alfonso, el autor, precisamente, de Las Glorias de María. El entusiasmo indescriptible, como puede imaginarse. Las calles de Roma abarrotadas para vitorear a la Virgen.

Hoy en día, la devoción a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro está difundida por todo el mundo. Es el Icono más conocido y venerado en todas partes. Y si Pío IX fue el primer impulsor de la devoción al Perpetuo Socorro, los Papas siguientes no se han quedado atrás. Todos sabemos del gran amor que tuvo el querido Papa Juan Pablo II a la Virgen. Pues bien, cuando el 30 de junio de 1991, visitó la iglesia de San Alfonso en Roma, con motivo de la celebración de los 125 años del culto público al Icono del Perpetuo Socorro en dicha iglesia de Via Merulana, en la charla que mantuvo con la comunidad tras la celebración religiosa dijo expresamente:

—“Recuerdo que en la última guerra, durante el periodo de la ocupación nazi de Polonia y siendo yo obrero en una fábrica de Cracovia, me paraba siempre en una iglesia, precisamente la de los redentoristas, que se encontraba en mi camino de regreso de la fábrica a casa. En aquella iglesia había una imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro. ¡Cuántas veces me detuve ante dicha imagen! y no sólo porque me caía de paso, sino también porque la encontraba muy bella. Aún después de ser obispo y Cardenal de Cracovia volví a visitar dicha iglesia. Prediqué en ella muchas veces y también en ella administré sacramentos, sobre todo el de la confirmación. Se comprende fácilmente, pues, que el venir hoy aquí me resulte como si hiciese un viaje hacia mi pasado, hacia mi juventud”.

Y cuando en uno de sus tantos viajes apostólicos visitó Manila y celebró la misa en Baclaran, dijo: “Hoy vengo aquí por segunda vez en mi vida. La primera fue durante la noche en una escala en el viaje hacia el Congreso Eucarístico de Australia; al celebrar aquella noche la misa fui testigo tanto de la devoción verdaderamente filial como de la confianza inmensa de la que tú, Madre del Perpetuo Socorro, gozas entre los fieles, entre el pueblo de esta gran ciudad, capital de las Islas Filipinas”.

Benedicto XVI ha sido otro Papa de tierna devoción a María. Que Ella, que es Madre y Perpetuo Socorro siempre, nos siga bendiciendo, bendiga al Papa, bendiga a toda la Iglesia.

CUADRO 16

LOS OJOS DE UNA MADRE

Los artistas cristianos, en las distintas manifestaciones del arte con referencia a María, música, poesía, pintura, se han inspirado en el Evangelio. No podía ser de otra manera.

Tratándose de pintura, los iconos son una muestra. A la vista está el Icono de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. ¿Quién no lo conoce? Es sin duda uno de los iconos donde mejor se ha logrado plasmar el significado e importancia de María en la obra de la Redención. Este icono es una espléndida catequesis mariana. Una síntesis preciosa del Misterio de la Redención.

Unos, la llaman Odigitría; por aquello de ser la que nos lleva a Cristo, la que nos indica el camino. Otros, la llaman Eleusa, por esa infinita ternura que tiene e irradia. Y todos, Perpetuo Socorro. Hay quien prefiere llamarla simplemente Madre. Y es que, la Santísima Virgen María es, ante todo, eso: la Madre.

En el Icono del Perpetuo Socorro sobresale, sobre todo, este aspecto fundamental en María: ser Madre. Y el pueblo cristiano ha buscado siempre en ella, primordialmente, su cualidad de Madre. A ella acudimos con confianza, con cariño y con fe.

Asociada a Cristo en la Redención, el pueblo cristiano la venera y la eleva a la categoría que el mismo Dios le ha dado: ser una Reina. La Reina de cielos y tierra. Y, efectivamente, así aparece en el Icono: majestuosa y maternal. Su mirada es dulce; y al mismo tiempo, trasluce un deje de tristeza. Es la Theotókos, la Madre de Dios como la definió el Concilio de Éfeso el año 431. Espléndida de majestad. Rica de simbología, por ejemplo en sus vestimentas. Es ropa de Reina, Madre y Soberana. Los colores azul, verde y rojo, nos remiten a las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y el amor.

María del Perpetuo Socorro es la Virgen gloriosa y glorificada. Lleva aureola de honor. Y una estrella en la frente, dándonos a entender que nos

va guiando, como antaño la estrella polar a los navegantes, a buen puerto. Y en todo su porte, al seguridad firme de la Madre.

Cuántas anécdotas se podrían contar en referencia a María del Perpetuo Socorro. No me resisto a contar una en concreto.

Un día de tantos, entré a rezar al Santuario que lleva su nombre, y que los misioneros Redentoristas regentan en Torreón, Coahuila, al norte de México. Hermoso santuario. A todas horas del día se ve gente rezando. Según entraba, se me acerca una señora, bastante joven. Vi que quería hablarme. Me detuve. Sin más, me dice:

—“Yo no soy católica. Mire, soy protestante.

—Bien, ¿y en qué puedo servirle?

—Pues..., resulta que tengo dos niños estudiando en ese colegio que está ahí cerquita, ahí no más. El otro día, al regresar de dejarlos en el colegio, se me ocurrió entrar en el santuario, donde nunca había entrado, por curiosidad. Me llamó la atención ese hermoso cuadro.

(Efectivamente, en el altar hay un cuadro grande y hermoso pintado al óleo que ocupa gran parte del retablo).

—¡Qué hermoso cuadro! Pero, mire, lo que me fascinó de verdad fueron los ojos de la Virgen. ¡Yo no sé qué tienen esos ojos! Me quedé mirándolos. Sentí mucha paz, mucha paz. Ahora, todos los días, cuando regreso de dejar a mis niños en el colegio, entro, me quedo mirándolos un ratito y me voy llena de paz. ¡Yo no sé qué tienen esos ojos!”.

En mi vida de misionero he tenido varias y muy emotivas experiencias con protestantes. Pero esta sencilla conversación con aquella mujer, joven madre, me llegó muy dentro del alma. La escuché atentamente. Luego le respondí:

—“¿De modo que usted no sabe qué tienen esos ojos...? Pues mire, yo sí. Yo sí sé qué es lo que tienen. ¡Tienen que son los ojos de la Madre! ¡Por eso tienen y dan tanta paz!”.

Aquella joven mujer, a fin de cuentas madre también, comprendió perfectamente mi respuesta. Su rostro se iluminó con una amplia y dulce sonrisa. Expresó un muy mexicano ¡gracias! Y se fue.

Sin duda necesitaba comunicar a alguien sus sentimientos, su gozo y su alegría. Yo le quedé muy agradecido. Es una anécdota que, por sencilla que parezca, no se me olvida.

Me volví hacia el Icono de la Virgen y, clavando mis ojos en los suyos, le dije, con la mirada y con el corazón: ¡Madre del Perpetuo Socorro!: ¡Gracias! ¡Sigue bendiciéndonos a todos!

Luz de Madre tu mirada

Luz de Madre tu mirada
bellos tus ojos, María,
cuánta ternura derraman
en el alma de tus hijos
que con cariño te aclaman
por Reina y Madre, Señora.

Unos te cuentan sus penas
otros te expresan deseos,
pero quién más y quién menos
cosas íntimas te cuentan
que solamente a una madre
muy en secreto se dicen.

Todos se marchan contentos
tras depositar un beso
en el milagroso Icono
y desgranar dulcemente
una plegaria y un rezo.

(De mi poemario, Acuarelas de la tarde)

CUADRO 17

MANOS DE MADRE

Manos de ama de casa.

Como es habitual en las aldeas y pueblos, me imagino a María siendo la primera en levantarse para preparar el desayuno, asear la casa, mandar los hijos a la escuela. Y la última al acostarse. Trajinando con sus manos, manos de mujer a la que, como suele decirse, “le faltaban manos” para todos los quehaceres propios (y también ajenos).

María, seguramente, no tendría demasiado tiempo para andar cuidando y arreglándose las manos. Cuánto tiempo gastamos nosotros en preocuparnos nada más que de nosotros mismos. Y cuántas cosas dejamos de hacer por eso. Las manos de María tenían toda esa belleza que se refleja en las manos que han trabajado, que han consolado, que se han tendido abiertas a los demás sin tregua ni medida.

Las manos de María lucían toda la belleza espiritual que transpiran las manos de una esposa y madre que trabaja con ellas. Y eran las manos de una verdadera Reina, que ahora se elevaban felices para acariciar al mismo Dios, hecho Niño sentado en sus rodillas. Manos que a continuación andaban entre los pucheros, o planchando la ropa, o dándole a la escoba... Admirable contraste. Manos hechas al trabajo, al agua fría del lavadero del pueblo, a la limpieza de la casa, a lijar y mover maderas ayudando a José... Pero manos que nunca perdieron por eso su finura encantadora. Manos abiertas y disponibles a las necesidades de todos; de los vecinos, de los enfermos, de los marginados de su sencilla aldea de Nazaret. Manos que tocaron muchas puertas para ofrecer ayuda, y muchas llagas para curarlas y vendarlas. Manos discretas, llenas de bondad generosa y callada. Manos que daban gloria a Dios en cada trabajo sencillo y humilde. Manos que siguen trabajando sin descanso y a través de las cuales nos llegan copiosas todas las gracias de Dios para cada uno de nosotros.

Cabe preguntarse, ¿cómo están nuestras manos? ¿Las usamos, las empleamos para la gloria de Dios? Nos manchamos las manos? Es decir, ¿trabajamos, nos esforzamos, nos metemos a fondo en todo lo que tenemos

que hacer cada día? ¿Nos manchamos las manos en el trabajo? ¿Nos las manchamos en los propios estudios? ¿Nos las manchamos en obras de caridad y misericordia para con los necesitados? O quizá se nos puede aplicar eso de: “tiene las manos tan limpias, que no tiene manos”.

Uno de los medios de expresarnos y manifestarnos al exterior es por medio del lenguaje de nuestro cuerpo y por las manos. Según el gesto que empleemos, podemos significar; llamada o repulsa, caricia o desprecio... Las manos de María fueron la cuna más acogedora que tuvo Jesús. Las manos que amasaban el pan con el que se alimentó Jesús, ajena a que un día no lejano el Pan sería también Eucaristía, Pan de Vida, en las manos de su Hijo. Las manos de María se juntarían, sin duda, cada día para rezar y enseñar al mismo tiempo a Jesús a rezar.

Con manos sacerdotales.

Manos entrelazadas iniciando una plegaria, manos sacerdotales, nos imaginamos. Pero María no fue sacerdote. Sin embargo, sus manos, cual las del sacerdote, sostenían al Hijo, como anticipada Eucaristía, para que todos pudieran contemplarlo, gozarse con su sonrisa, y que la gente pudiera acariciarlo.

La verdadera amistad y fraternidad, humana y cristiana, nace de aquellas palabras: *Ya no os llamo siervos, a vosotros os llamo amigos...*. Un amigo es mucho más que un siervo; es un colaborador, es un confidente, con el cual existe una comunión de vida, de proyectos e ideales... Cristo es el verdadero Amigo. El que tiene los sentimientos más humanos nobles y profundos.

Los "amigos de Jesús" deben amar como Él amó.

La prueba concreta de que amamos es la observancia de los Mandamientos:

"Quien me ama, guarda mis mandamientos... Mi mandamiento es éste: que os améis los unos a los otros como yo os he amado" (Jn 14).

Seremos "amigos de Jesús", cuando seamos testigos de ese mundo nuevo que Dios quiere ofrecer a los hombres y que Jesús anunció con su persona, con sus palabras y con sus gestos. Dios es Amor... somos amados por Él... Y Él nos invita a permanecer en su amor. Seremos “amigos de Jesús” cuando todos podamos tomarnos las manos y rezar juntos el

Padrenuestro. Hasta dónde nos pueden llevar unas manos de Madre, como María.

Nanas de María y de José

*¡¡Ay, ay, cantaba María,
ay, ay, cantaba José!!.*
Sabiendo próximo el día
sabiendo que se acercaba
el nacimiento del Niño
los dos posada buscaban.

*¡¡Ay, ay, cantaba María,
ay, ay, cantaba José!!.*
De paja será la cuna
de tela fina la ropa
que quiero que duerma el Niño
entre pétalos de rosas.

*¡¡Ay, ay, cantaba María,
ay, ay, cantaba José!!.*
Contenta estaba María,
lo mismo estaba José.
La mula y el buey pensaban:
yo mi calor le daré.

*¡¡Ay, ay, cantaba María,
ay, ay, cantaba José!!.*
Y cuando el día llegó
los dos en Belén estaban
metidos en papeleos
que en cuestión del censo andaban.

*¡¡Ay, ay, cantaba María,
ay, ay, cantaba José!!.*
Llamando de puerta en puerta
tan sólo un cuarto buscaban;
no hay posada, les decían;
José y María callaban.

*¡¡Ya no cantaba María,
ya no cantaba José!!.*
*¡¡Pobre José y María,
pobre María y José!!*

Y estando la noche en calma
de pronto el cielo se abrió
y alumbrado por luceros
el Hijo de Dios nació.

*¡¡Ay, ay, cantaba María,
ay, ay, cantaba José!!.
¡¡Ay, ay...!!,
cantaron los ángeles
a dúo con los pastores.*

*¡¡Gloria a Dios en las alturas
que es noche de parabienes!!*

*¡¡Ay, ay, cantaba María,
ay, ay, cantaba José!!.*

*¡¡¡Ay, ay...!!!, cantaron los ángeles
aquella noche en Belén.*

(De mi poemario, Acuarelas de la tarde)

CUADRO 18

CORAZON DE MADRE

María en Pentecostés.

Hechos 1, 12-14; 2,1: *“Todos perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María la madre de Jesús”*. Toda la vida de María se desarrolla bajo la fuerza del Espíritu. Antes, incluso, de la Anunciación... Así la vemos, así la ve la Iglesia:

- Madre, alma y aliento de la Iglesia naciente: María en Pentecostés.
- Que acompaña la difusión del Evangelio de su Hijo.
- Y la vemos en el Cenáculo, como la Madre en medio de los apóstoles, en oración, a la espera de la venida del Espíritu Santo.

Pentecostés marca el nacimiento y expansión de la Iglesia:

Pentecostés con la venida del Espíritu Santo sobre aquella inicial comunidad congregada en el Cenáculo marca el comienzo de la Iglesia, el comienzo y difusión del cristianismo.

María en el Apocalipsis

María aparece también en el Apocalipsis, libro que se escribió alrededor del año 95, cuando la Iglesia atravesaba una dura situación, como era la sangrienta persecución romana que ponía a prueba su fe y entrega de los seguidores de Cristo.

La cósmica visión con que presenta a la Iglesia, luego la misma Iglesia la aplicará a María: *“Una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza, y estaba en cinta y gritaba en su angustia y dolores de parto”* (Apocalipsis 12, 1 ss).

Esta visión, como tantos otros pasajes bíblicos, está llena de simbología. Pero el símbolo tiene siempre una base real.

Personajes simbólicos, con base en la realidad, son: la mujer y la serpiente (1-4). Como real es, desde la simbología con que se presenta, la persecución del dragón al Hijo varón de esa mujer, y la victoria de éste (4-12). O la persecución contra la mujer y el resto de sus hijos (v. 13-17).

¿Quién es esa mujer vestida de sol con la luna por escabel de sus pies? La mujer está vestida de luz, y la Luz es símbolo de Dios. Sobre su cabeza tiene “*una corona de doce estrellas*”, imagen y metáfora que simbolizan a las doce tribus de Israel.

Israel era *el Pueblo de Dios* en el Antiguo Testamento, del cual proviene el Mesías, que va dar paso al nuevo Pueblo: *la Iglesia*. Pero la Iglesia está sometida a la persecución y a las insidias del Maligno.

María aparece insertada en el misterio de la Iglesia. Y aparece en el momento crucial de dar a luz. Y dio a luz, a un Hijo Varón, Cristo. Y a los pies de la cruz dará a luz a los cristianos.

Hay muchos intereses de por medio para el Maligno, y entabla la lucha contra la Mujer, lucha que ya estaba anunciada en el Génesis (Gn 3,14). Naturalmente, el Maligno, o Serpiente en el Génesis, es derrotado. Pero el Hijo “fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono”. Es alusión clara a la exaltación de Jesús en la cruz. Exaltación, por otra parte, a la que aludirá el mismo Cristo en su célebre diálogo con Nicodemo (Jn 3,14).

Al no poder contra el Hijo, el Maligno ataca a la Madre, pero “la Mujer huye entonces al desierto, lugar preparado por Dios para su protección y refugio. Allí se la alimenta - alusión al maná y a la Eucaristía- durante 1260 días”.

Los números no son aritméticos aquí. Siguiendo el lenguaje simbólico, son una alegoría indicadora de que la persecución, aunque larga, a la vez será corta.

En definitiva, el Apocalipsis está reflejando el triunfo total de Cristo contra el Mal. Y junto a Cristo y con Él, el triunfo también María.

Y es que, la Biblia es testimonio de la mejor historia de amor del Dios que es amor. El amor vence al odio. Y en esta historia de amor aparece la Santísima Virgen María como Madre de la vida de la Iglesia.

El Concilio de Éfeso, (431) se refiere explícitamente a María diciendo que es la “Theotokos”, es decir, “Madre de Dios”. La colaboración de la Santísima Virgen María en la obra de la salvación es inequívoca. Ya antes del Concilio de Nicea (325) a la Santísima Virgen se la llama la nueva Eva. Y a Cristo el nuevo Adán.

En el siglo II, san Justino en Roma, san Ireneo en Lyon y Tertuliano en Cartago, partiendo del paralelismo Adán-Cristo, que hace san Pablo (Rom 5, 12-21), aplican un paralelismo análogo: Eva-María.

A María la Iglesia la ha visto siempre en su misión de intercesora junto a su Hijo Jesús. Los primeros cristianos vieron a María como “la llena de gracia”, la “bendita entre todas las mujeres”. La toda santa.

La expresión «toda santa» (panaghia) es de la primera mitad del siglo IV, llegando a convertirse en expresión común de la literatura bizantina.

Pero todo esto, devoción, títulos, etc, que se dan a María, tiene base bíblica. Está basado en la Biblia y en la Tradición, transmitida por los santos Padres, y que culminó en la definición del dogma de la Maternidad divina de María. Dogma, al mismo tiempo, proclamado contra Néstor en el Concilio de Éfeso. Los Padres Apostólicos, por ejemplo san Ignacio de Antioquía, ponen de relieve su maternidad divina.

Los Hechos de los Apóstoles, a su vez, la presentarán junto a los discípulos a la espera del Espíritu Santo (Hech 1,14).

Cuando a partir del siglo III, comienza a extenderse el monacato, y la vida consagrada, se toma a María como modelo del ideal de santidad en el seguimiento de Cristo acentuando el aspecto de la virginidad. Destaca Antioquía, sede de uno de los tres primeros grandes Patriarcados de Oriente, como el lugar donde se instituye la primera fiesta mariana en el siglo IV. Fue precisamente allí donde a los seguidores de Jesús se les llamara por primera vez “cristianos”, que es el nombre que ha quedado para la historia.

Y entre los siglos VI y VII, encontramos instituidas en Oriente las grandes fiestas marianas, como: La Anunciación, la Asunción, la Natividad, la Presentación y la Concepción Inmaculada de María. Pero la devoción a María va siempre unida a Cristo. Es decir, a quien se exalta de verdad es a Cristo, no se pretende hacer de María una diosa, sino amarla, en y con el amor que Dios quiere que le profesemos por ser Madre del Dios hecho Hombre.

Las fiestas de la Virgen están, pues, íntimamente ligadas al Misterio de Cristo, de tal manera que se consideran como fiestas del Señor.

En cuanto a la Asunción de María a los cielos, fue el emperador Mauricio, hacia el año 600, quien prescribió su celebración en todo el Imperio con fecha del 15 de agosto. En cambio, en Occidente no se conoce ninguna fiesta mariana anterior al siglo V. Fue en Palestina donde se construyeron dos iglesias durante el siglo V: una en Jerusalén en el lugar señalado como el sepulcro de la Virgen. Otra en el monte Garizim.

La devoción a María en Occidente se acentúa de modo notable con la llegada a Roma de los monjes que huían de Oriente tras las invasiones tanto de los persas como de los árabes.

El culto a María, primera discípula de Cristo, como se le ha llamado, está atestiguado desde los orígenes mismos del cristianismo. La devoción que la Iglesia, comenzando por Oriente y siguiendo por Occidente, ha tenido siempre a María, se debe fundamentalmente a la misma santidad de María.

Es la primera discípula de Cristo. La primera en seguirle. Los santos Padres resaltan que la santidad de María no es algo mágico. Ella desde su plena libertad se pone incondicional al servicio de Dios. De ahí también nuestro cariño a Ella, Madre de Dios y Madre nuestra, en el corazón de la Iglesia.

PENTECOSTÉS

Fuego ardiente, viento fuerte,
fue Pentecostés.

Fuego nuevo, purificador,
que en el crisol del Espíritu,
separó la escoria del oro.

La escoria estuvo en Babel,
torre infausta, rascacielos vil,
deshumanizador.

Pentecostés, fue el oro,
fuego santificador,
que convocando a partos, medos,
y las tribus elamitas,
a la gente de Asia, Frigia, y Panfilia,
del gran Egipto y Cirene,
no faltaron árabes,
cretenses, griegos, o judíos,
ni romanos tutelares.

Fuego y Viento convocante,
Voz de Dios,
a la gente transmitida,
por Apóstoles amigos
del Divino Galileo,
y que todos entendieron
como si a cada uno le hablaran
en su lengua patria y materna.

Viento fuerte, misterioso,
que abrió puertas y ventanas
para que la Iglesia saliera
a sembrar el Evangelio
del Divino Nazareno.

(De mi poemario, Jardín ausente)

CUADRO 19

LA VIRGEN MISIONERA

El Icono del Perpetuo Socorro

El Icono nos presenta a María como una joven delicada de ojos sumisos. Jesús tiene las dimensiones de un niño pequeño pero sus rasgos son de otro mayor. María y Jesús no forman parte de una escena, sino que están colocados sobre fondo dorado. El objetivo es transmitir un rico mensaje espiritual. La pintura bizantina, en general, es como una puerta. Abrimos y entramos. Y nos encontramos ante una pintura excepcional que remonta e invita a ir más allá. El artista, ha reflejado su belleza y su mensaje a través de símbolos.

¿Qué ves en los ojos de la Virgen?

Ante todo que es la Virgen quien nos mira, como si quisiera decirnos algo importante. Sus ojos se muestran serios, incluso tristes, pero roban la atención. Es la mirada de una mujer importante, colocada sobre un fondo dorado, símbolo del cielo. Solamente a la emperatriz se le concedía vestir con estos colores propios de una Reina. María lo es, por encima de todos los reinados de la tierra. Es Reina del Cielo y de nuestros corazones.

Descripción del cuadro

Las letras (en griego) sobre su cabeza la proclaman Madre de Dios. María no es representada nunca sin Jesús porque Jesús ocupa el centro de la fe. Curiosamente, Jesús no nos mira, tampoco mira a María ni a los ángeles. Aunque se aferra a su madre, mira a lo lejos, a algo que no podemos ver, algo que le ha hecho acudir tan de prisa a su madre que una de sus sandalias casi se le ha desprendido, debe tratarse de algo que lo impulsa a apretarse junto a la madre para encontrar allí protección: la Pasión. Está viendo la Pasión.

Los arcángeles van cargados con los instrumentos de la Pasión. A la izquierda, Miguel sujeta un asta con la esponja empapada en hiel, la que los soldados ofrecieron a Jesús sobre la cruz, y lleva también la lanza que traspasó su costado. A la derecha, Gabriel sujeta la cruz y cuatro clavos.

Mirando a la historia:

La Virgen del Perpetuo Socorro es un icono oriental procedente de Creta y que fue venerado en Roma, en la iglesia de los PP. Agustinos, a finales del siglo XV. Y desde 1866 en la iglesia de San Alfonso M^a de Liborio, construida sobre las ruinas de la destruida por Napoleón. La datación del icono es difícil de precisar. Unos los sitúan entre siglos X y XI, y otros a comienzos del siglo XV.

Según una tablilla colocada antiguamente al lado del icono, con un resumen histórico de la imagen, la cuna de este cuadro fue en la Isla de Creta, en el Mar Egeo. Un mercader habría sustraído el icono de una iglesia, lo esconde entre su equipaje y se embarca rumbo a Italia. Durante la travesía sobreviene una gran tempestad y los pasajeros se encomiendan a Dios y a la Virgen. La leyenda cuenta que el mar recuperó su calma y el pasaje arribó a puerto seguro.

Poco después el mercader llega a Roma con el cuadro y el icono pasa a ocupar un lugar preferente en la Iglesia de San Mateo, regentada, como queda dicho, por los PP. Agustinos. Estamos en torno al año 1499, en tiempos del Papa Alejandro VI.

La iglesia de San Mateo era un templo menor, situado entre las grandes basílicas de San Juan de Letrán y Santa María la Mayor. Allí permanece la imagen del Perpetuo Socorro durante trescientos años. El siglo XVII parece ser el más intenso en la devoción y culto a la madre del Perpetuo Socorro.

Pero en febrero de 1798, con la invasión de Napoleón, sus tropas se apoderan de Italia y en Roma demuelen más de treinta iglesias de la ciudad, entre ellas la vieja de San Mateo. Los religiosos Agustinos salvan el cuadro milagroso y se lo llevan consigo. El icono entra en fase de olvido por más de 88 años.

En 1855 los Redentoristas compran unos terrenos al lado de la Via Merulana y muy cerca de Santa María la Mayor. Se llamaba Villa Caserta donde algún día estuvo edificada la iglesia de San Mateo. A través del P. Miguel Marchi, redentorista, se descubre el paradero del icono de María. Los hijos de San Alfonso María de Ligorio, el gran cantor de las Glorias de

María, solicitan al Santo Padre la concesión del Perpetuo Socorro. Es el 11 de diciembre de 1865, y el 19 de enero de 1866 la imagen de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro regresa a la iglesia de San Alfonso, en el mismo emplazamiento donde había estado a la pública veneración tres siglos.

A manos de los misioneros redentoristas, María llegará a todas partes abriendo caminos al Redentor. Ella es la primera misionera. Así se cumple aquel mandato de Pío IX a los Redentoristas en la audiencia al Superior General P. Maurón en 11 de diciembre de 1865, haciéndole entrega del cuadro: "Dadla a conocer a todo el mundo".

Juan Pablo II, en su autobiografía "Don y misterio", al referirse a los orígenes de su vocación sacerdotal, afirma: "no puedo olvidar la trayectoria mariana. La veneración a la Madre de Dios en su forma tradicional me viene de la familia y de la parroquia de Wadowice. Recuerdo, en la iglesia parroquial, una capilla lateral dedicada a la Madre del Perpetuo Socorro a la cual por la mañana, antes del comienzo de las clases, acudían los estudiantes del instituto. También, al acabar las clases, en las horas de la tarde, iban muchos estudiantes para rezar a la Virgen". (Citado anteriormente).

El Icono pertenece a la Escuela Cretense importante escuela pictórica, conocida también con el nombre de Escuela Post-Bizantina, movimiento que floreció en la Isla de Creta mientras estaba bajo el control de la República de Venecia entre 1204 y 1669. Gracias a esta situación política, y en particular tras la caída de Constantinopla, fue el principal centro artístico cristiano de cultura griega entre los siglos XV y XVII.

Si vamos por siglos, tenemos:

Siglo XV: Siendo Creta una posesión veneciana desde el año 1204 fue pronto un centro de producción de estas obras de arte. Un ejemplo probable de esta producción es el famoso Icono de la virgen María, en Roma, llamado del Perpetuo Socorro, de cuya presencia en Roma hay constancia desde 1499.

Siglo XVI: Ha quedado constancia documental de cerca de 120 artistas en Heraclión entre 1453 y 1526, organizados en torno a la Escuela de san Lucas, que era una asociación de pintores de la isla que se basaba en modelos de arte latino.

La fusión entre las tradiciones bizantina y latina y la relación amistosa entre las iglesias ortodoxa y católica fueron la base del

Renacimiento cretense, un periodo dorado para el arte en la isla, donde florecieron tanto la pintura como la literatura. Algunos pintores eligieron continuar en la estela de la tradición bizantina de Constantinopla, otros recibieron la influencia de los maestros del Renacimiento veneciano, como Giovanni Bellini o Tiziano. Más tarde fue Paolo Veronese quien tuvo influencia sobre esta escuela.

Si nos referimos los Artistas, tenemos:

Siglo XVI: Además de El Greco, los mayores artistas de este periodo fueron Theophanis Strelitzas conocido como Teófanos de Creta, Miguel Damasceno y Georgios Klontzas.

Siglo XVII: Emmanuele Tzanes, 1610-1690), Emmanuele Lambardos y Theodoros Poulakis, 1622-1692) fueron eminentes representantes de la escuela cretense en este siglo.

Si nos fijamos en los nombres dados a María, tenemos:

La Virgen Hodigitría (“la que muestra el camino”). En él aparece la Madre de Dios con el Niño en brazos y una de sus manos señalándolo.

Eleusa ("ternura"), es un tipo de icono donde se muestra la estrecha relación que existe entre Jesús y la virgen María y el fuerte vínculo que los une como madre e hijo. Su origen está en el mundo copto. Se la conoce también con el nombre de Glycofilusa.

Glicofilusa (“dulce amor”), representa a la Virgen con el Niño, de medio cuerpo, y en lo alto campea lo que podemos considerar como título del icono: las siglas de María Madre de Dios: MP QY (Meter Theou). Pertenece al grupo de los iconos que los rusos llaman Virgen Strastnaia, (“Virgen de la Pasión”), porque a ambos lados de la Virgen los arcángeles Miguel y Gabriel ostentan los instrumentos de la Pasión.

La Virgen del Perpetuo Socorro es hoy, empleando un lenguaje común, ciudadana del mundo. Existen unos veinte institutos religiosos acogidos a la Madre del Perpetuo Socorro. Grandes santuarios la celebran permanentemente con un constante fluir de peregrinos, como el de Baclaran (Filipinas), Belem (Brasil), Bombay (India), Singapur... Haití la declaró Patrona de la Nación.

Catedrales, parroquias e innumerables iglesias, la tienen por titular. (Para mayor documentación, cf.: Fabriciano Ferrero: Santa María del Perpetuo Socorro. Un Icono de la Santa Madre de Dios, Virgen de la Pasión. Editorial PS, Madrid 1994. (Es tesis doctoral). También en versión inglesa: The story of An Icon. Redemptorist publications. Cambridge, England 2001).

Cuando contemplando el Icono sentimos la necesidad de orar interiormente a nuestra Madre del Cielo, y expresarle nuestros sentimientos, lo mejor que le podemos decir: que es la Virgen Misionera.

En efecto, ella acompaña a los misioneros en la acción evangelizadora, ella es la gran fuente de animación de las misiones populares, ella la que suscita el fervor de las gentes para rendir sus corazones ante Cristo. Mujer de fe, María nos invita a caminar en la fe.

El Icono del Perpetuo Socorro es una síntesis extraordinaria de la Redención. Pero además, nos da la visión de una Redención consumada, lo que podríamos llamar una post-Redención, motivo, en consecuencia, de gozo y alegría. La Redención es alegría, es salvación. En la cruz, Cristo nos señala a María, y nos la entrega como Madre en la persona de Juan. En el Icono, María nos señala a Cristo, artífice de la Redención.

“La Virgen María, Estrella de la Nueva Evangelización”

A María se le ha llamado la Corredentora, en razón de que su vida estuvo siempre entregada al servicio de Cristo, el Redentor. De forma total colaboró en el plan de Redención. Ella acogió al Hijo de Dios hecho hombre por obra del Espíritu Santo, lo cuidó siendo Niño con toda la ternura que Dios puso en su corazón de Madre, intercedió ante Él en la boda de Caná. Pero donde María se muestra eminentemente Corredentora es junto a la Cruz de su Hijo. Es Corredentora, podemos decir también, cuando el día de Pentecostés el Espíritu Santo viene sobre Ella y los Apóstoles. Y es Corredentora cuando acompaña, a través de los siglos, a todos los misioneros que, cumpliendo el mandato del Señor “Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación” (Mc 16,15) van llevando la Buena Nueva a todas partes.

María es, pues, la gran Misionera.

La Iglesia es Misionera por esencia. Así lo quiso Cristo. Y siendo María la primera y más cualificada seguidora de Cristo, es, automáticamente, la primera Misionera. Así la han visto siempre los cristianos.

El Papa Pablo VI, en la conclusión de la Exhortación Apostólica acerca de la Evangelización del mundo contemporáneo, “Evangelii Nuntiandi”, llama a María “Estrella de la Evangelización” (n. 82).

Y el Papa santo, Juan Pablo II, en la Carta Apostólica de Clausura del Año Jubilar "Novo Millennio Ineunte" (Al comienzo del Nuevo Milenio), la proclamaba como “La Virgen María, Estrella de la Nueva Evangelización”.

A su vez, el Papa Francisco escribe: “Ella es la Madre de la Iglesia evangelizadora y sin ella no terminamos de comprender el espíritu de la nueva evangelización”. (Evangelii Gaudium, n.284).

Icono bizantino

Bizantino Icono,
alegoría universal en pintura
de la maternal ternura
de la Virgen Santa María,
Perpetuo Socorro, Eleusa,

En letras de oro tu nombre,
de Jesús nos señala el camino,
a nosotros peregrinos,
Santa María, la Odigitría.

Virgen y Madre,
para Oriente y Occidente,
advocación ferviente de todo creyente.

A cada lado del sagrado Icono
aparece un arcángel,
al centro la Madre,
sosteniendo al Niño.

Dicha grande
es acercarse y rezar
con fe y devoción filial.

Es vislumbrar el cielo
en sus ojos de Madre escondido
que refulgen más que el oro
de la estrella en su frente.

¿Cómo no sentir,
me pregunto, Madre,
el corazón estremecido,
al ver correr hacia ti
asustado al Niño?

Préstame, te pido,
ese guarache

de su pie desprendido,
para que en mi andar peregrino
yo también sembrar pueda
de evangelio los caminos.

Cruz, lanza, esponja y caña,
Arcángeles gloriosos,
al Redentor como trofeo presentan.

Lejos quedó aquel día
cuando Simeón en el templo
anunció compungido
su amarga profecía.

Pero en tus ojos, María,
hay un algo de tristeza
recordando la cruel profecía
que tu corazón de Madre
con dolor traspasaría.

Mas hay también alegría
al mostrarnos con cariño
al Redentor hecho Niño.

(De mi poemario, Jardín ausente)

CUADRO 20

REMEMBRANZA A ORILLAS DEL LAGO DEL ARPA

El Evangelio no presenta nunca a María paseando por las orillas del lago de Genesareth. A diferencia de Cristo. Y sin embargo, es muy probable que más de una vez estuviera por allí, en las tantas veces que sin duda acompañaría a su Hijo, en sus correrías apostólicas, como lo hacían otras mujeres, algunas agradecidas por haber sido curadas, otras seguramente por ser esposas de los discípulos. (Lc 8,2).

Cualquier persona que se haya acercado al lago de Genesareth, y haya rememorado, siguiendo el Evangelio, las andanzas de Jesús por sus orillas, a buen seguro que habrá sentido gozo y emoción grande en su corazón.

Desde el recuerdo de visitas entrañables, yo quiero acercarme hoy en esta remembranza.

Los peregrinos partían de Nazareth con distintos rumbos. Mi grupo se detuvo en Séforis.

Séforis había sido importante centro administrativo en la época de los Asmoneos. Flavio Josefo la menciona cuando habla de Alejandro Janneo, anterior en un siglo a Cristo. Fue importante, igualmente, cuando la dominación romana, pues Gabinio la escogió como sede de uno de los cinco consejos administrativos que estableció en Palestina, cuando era gobernador de Siria. También Herodes Antipas honró a Séforis, pues la hizo capital de Galilea y Perea. Y hasta fijó en ella su residencia. Y hubo en ella, además, muy buenas escuelas de teológica rabínica. Hasta la muerte del gran Rabí Yehudá Hannassí, el compilador de la Mishná, fue sede del Sanedrín.

Es posible que fuera aquí donde nació Ana, la madre de la Virgen María. De hecho, las ruinas que estaba fotografiando pertenecen a la

basílica que los Cruzados construyeron en su honor. Podía imaginarme al ejército de los Cruzados saliendo en ayuda de Tiberias sitiada por Saladino. Y podía imaginarme la gran nube de polvo que quedaba flotando a media altura según se retiraban los soldados, marcando así la ruta que conducía hasta el mítico lago de Genesareth.

También las ruinas de Séforis iban desapareciendo de nuestra vista según nos alejábamos. De qué sirvió que Zahir el-Amr, gobernador de Galilea, la fortificara en el siglo XVIII. La guerra entre árabes e israelíes en 1948 la haría desaparecer. ¿Por qué los hombres hemos de estar constantes guerras?

Me venían a la mente retazos de historia. ¿Qué estaba ocurriendo cerca del lago? Me imaginé la escena. Efectivamente, en Tiberias, Saladino esperaba a los Cruzados. La distancia de los aproximados treinta kilómetros que separan Séforis de Tiberias, se convertía ahora, en mi mente, en distancia de siglos. Un frondoso pinar había sustituido a la población fortificada.

De pronto un grito: Hay fuego en los Cuernos de Hittín! ¡Los Cruzados han sido sitiados y están abrasándose bajo sus armaduras...!

El lago mantenía su calma habitual; pero no se veían barcas de pescadores mientras el agua rizaba suavemente la orilla. Desde cualquier parte que uno mirara, el humo subía como holocausto desde los Cuernos de Hittín.

La estrategia de Saladino había sido perfecta. Rodeó con sus huestes a los Cruzados, mandó prender fuego a la maleza que, bajo el impulso del aire, ardió con celeridad, atrapando así a los Cruzados que, entorpecidos por sus mismas armaduras, y abrasados por el fuego y la sed, sucumbieron irremisiblemente.

¡Qué horrible pesadilla! Pero no, no era una pesadilla, sino cruda realidad lo que la historia me retrotraía. Era el año -infortunado año- de 1187: Fin del reino Latino de Oriente.

Ajenos a mis personales perspectivas de los acontecimientos, un pequeño grupo de turistas disparaba sus cámaras fotográficas a todas partes.

Hacia el este, está el paso que lleva a Tiberias por Kfar Kanna. Era paso obligado. Nos detuvimos en Caná. La misma que ha quedado perpetuada en la memoria y en el tiempo por el célebre milagro de Jesús,

cuando en una boda, convirtió el agua en vino. Y allí estaba ella: María la madre de Jesús. La fiesta estaba en su apogeo. Las danzas rituales se sucedían. Los novios habían iniciado el baile nupcial bajo la gran tienda que los beduinos habían instalado en el espacioso patio de la casa. Luego de varios días de celebración acostumbrada, casi nadie notó que el vino comenzaba a escasear; y casi nadie supo que el vino que ahora alegraba la fiesta y contagiaba alegría era el vino nuevo sacado del agua cotidiana. Milagrosamente añejado, el vino se convertía, a partir de ahora, en el signo de la fiesta, la alegría y el Amor.

Entramos en la iglesia franciscana, donde los distintos grupos de peregrinos renovaban jubilosos sus compromisos matrimoniales. Al salir, la gente se apresuraba a visitar las distintas tiendas para comprar recuerdos de su histórico viaje, sin faltar, por supuesto, alguna botella de vino, memorial del milagro de Jesús.

Una copa de vino podía ser suficiente distracción para ir dejando atrás el recuerdo de dramáticas batallas en terreno que nuestros pies estaban recorriendo ese día. Antes los habían recorrido las flamantes Órdenes Militares, Hospitalaria y del Temple, comandadas por el veleidoso rey Guido, sufriendo la mayor y más humillante derrota de su historia; donde el orgullo del temerario Reinaldo de Châtillon, o las apresuradas ansias vengativas de Gerardo, gran maestro del Temple, se estrellaron bajo la mejor y más estudiada estrategia militar de Saladino. ¡Cómo no recordar...!, si ahí acabó el reino latino de Jerusalén. Si ahí se forzó la capitulación de la Ciudad Santa, tres meses después. En el almanaque cristiano era un 2 de octubre. Saladino entraba en Jerusalén, radiante y vencedor. En el almanaque musulmán se cumplía un aniversario más de otro sueño: en hermoso caballo alazán, con denominación de origen árabe, el Profeta era halado a los cielos desde la mezquita de la Roca.

La panorámica que se ofrecía a la vista era fantástica. A lo lejos y al fondo del lago, el monte Hermón, con sus aproximados 2.700 metros de altitud y sus cimas nevadas. A nuestra izquierda el valle de Arbel; al norte, escorada a la izquierda, la ciudad de Zafed. Y en la hondonada, el lago.

Lago para soñar. Evocador, único. Apto sólo para soñadores. Fue a sus orillas donde Jesús de Nazareth, comenzó a fraguar el mejor de todos sus sueños: la Nueva Humanidad.

La paz que el bíblico lago transmite es única. Sentado en la orilla me quedé absorto, contemplándolo. Se conoce también como el lago Kinneret, el lago del arpa. Se me antojaba música de ángeles la que las pequeñas olas arrancan en esta arpa de vibraciones transcendentales.

Nunca, ningún otro lago fue capaz de elevar tan alto los pensamientos. Nunca, un lago como éste fue escenario y testigo de tanto Amor. Y es nunca, un lago como éste, llámese de Galilea, Tiberíades, Genesareth, o Kinneret, tuvo tan cerca a Dios.

Sobre la arena, en la orilla, donde en el devenir de mi ensoñación, aún no se construye Tiberias, sobre las piedras húmedas de la occidental ribera, descansan las barcas. Sobre las suaves olas, hay embrujo de amanecer y de peces. A lo lejos, acercándose, se dibuja la silueta de un hombre bueno que dice: “Echad las redes a la derecha”. Y también: “Venid conmigo, os haré pescadores de hombres”.

Los pececitos dorados jugaban junto a la barca de Simón, al que Cristo apodó Pedro. Un poco más arriba, en una de las suaves laderas, como suspendida en la quietud, se escuchaban, arrastraban por la brisa, las palabras: “Bienaventurados los pobres..., vuestro es el reino de los cielos”.

Había que continuar el viaje. Desde el hotel, hay una vista sensacional del lago. Hace calor. Estamos a 200 metros por debajo del nivel del mar. Tiberias, la hermosa ciudad, que Cristo no conoció, fundada por Herodes Antipas en honor de su amigo el emperador romano Tiberio, simplemente, enamora. Es la ventaja de estar arrimada al lago.

En ella encontraron refugio un día los judíos expulsados de Jerusalén por Adriano. En ella se compiló la Mishná, y se completó el Talmud. En ella fueron sepultados, el famoso filósofo y médico Maimónides, el rabí Meir, el rabí Yojanán ben—Zakai, y muchísimos otros. Tiberias es la ciudad santa del judaísmo.

Qué hermosas las noches cuando los barcos surcan el lago, repletos de gente, entre algarabía de luces, cánticos y danzas al ritmo de los más jóvenes. Las pequeñas olas trazan nuevos ritmos musicales sobre las cuerdas líquidas del lago, que tiene forma de arpa.

Antes de tomar el ascensor para bajar de la habitación del hotel y tomar el autobús, eché una última mirada agradecida al lago de tan gratos e inolvidables momentos. Mi recuerdo fue para María, la humilde nazarena, la Virgen galilea. Y aunque el Evangelio no la presenta paseando por las orillas del mítico lago, yo sí me la imaginé en compañía de su Hijo recorriendo aquellos tranquilos parajes. Cuántas cosas comentarían Madre e Hijo. Cuántos evocadores recuerdos, desde la infancia de Jesús en Nazareth, comentarían los dos. Cuántos... Me embargó la emoción.

¡Oh, sagrado lago Kinneret, llamado también de Tiberíades, o de Genesareth, por su forma de arpa, santificado por el Hijo de María, bendito seas!

Kinneret

Lago del arpa, Kinneret,
con sabor a vida y Evangelio,
tan lleno de historia sagrada,
de redes colmadas de peces,
y de gentes
que escuchan sin cansancio
la voz de Jesús el Nazareno
hablando desde la barca.

Lago de suave oleaje,
de encuentros con la gente,
y la novedad
del sermón de las Bienaventuranzas.

Kinneret,
contemplarte es sentirse
acariciado por tu música y tu brisa,
en lo íntimo del alma,
como un rezo encendido en la playa
para que el viento lo lleve
hasta el Cristo Nazareno
que camina sobre el agua.

(De mi poemario, Acuarelas de la tarde)

CUADRO 21

MARÍA, MUJER UNIVERSAL

A lo largo de la historia de la humanidad ha habido mujeres que han sobresalido de modo especial, ya sea por su belleza, dotes de mando, heroísmo, santidad, etc. La Biblia presenta varios casos. Pero ninguna de ellas ha alcanzado la importancia y transcendencia que ha alcanzado la Virgen María.

Efectivamente, en la Historia de la Salvación, concretamente en el Antiguo Testamento, María aparece prefigurada en la Promesa de la Redención: (Gn 3,15). Aparece prefigurada en los Profetas: (Mi 5, 2-3). Y también en las grandes mujeres de Israel, como por ejemplo, Rebeca, Ester, Judith...

Al mismo tiempo, en María se cumple la plenitud de los tiempos, como destaca el Concilio Vaticano II (LG 55). Y en María se cumplen todas las esperanzas de la Salvación: Es la llena de Gracia: (Lc, 1,28). En ella se encarna Cristo: (Lc 1,33).

Entrados en el Nuevo Testamento, vemos cómo María es la primera en recibir el Mensaje de la Salvación: en la Anunciación. La vemos en su misión de Madre en la Infancia de Cristo. Y aparece en el Ministerio público de Cristo.

La labor de María en la vida de la Iglesia aparece desde el primer instante. Está presente en Pentecostés: (Act 1,14). Y es la figura cumbre en el culto y devoción que los cristianos le han tributado a lo largo de los siglos. María es Madre de la Iglesia.

Y concluido el ciclo vital de su existencia en la tierra es llevada a los cielos en cuerpo y alma, como imagen y principio de la Iglesia que ha de ser consumada. Es decir, antecede al Pueblo de Dios peregrinante como signo de esperanza: (LG 68).

Su título de Madre de la Iglesia, no es gratuito. Está asociada a Cristo en la obra de la Salvación: (LG 56). Es la Madre de Cristo desde la Anunciación: (Lc 1, 26-38). Y es la Madre de todos los cristianos en el

Calvario: (Jn 19, 25-27; LG 61). Es natural, por consiguiente, que continúe alcanzándonos los dones de la Salvación: (LG 62).

De ahí la estrecha relación Iglesia-María. Razón: María es Modelo de la Iglesia, y Madre de cada cristiano. Y siendo la Madre, nuestro deber es amarla, venerarla, invocarla e imitarla, como se expresa la Lumen Gentium (LG 66).

Ninguna mujer, pues, tan excelsa y sublime, en toda la historia de la Humanidad, como María. Son los designios maravillosos y salvíficos de Dios. Porque, en definitiva, que Dios haya hecho maravillas en María ha sido en beneficio de todos los humanos.

A lo largo de lo que llevamos de historia en el cristianismo ha habido una exquisita sensibilidad a la hora de mostrar el cariño, la admiración, y la devoción a María.

Los Santos Padres han escrito páginas bellísimas a cerca de María. Lo mismo los santos de siglos posteriores. Uno de los que más han destacado en el amor, y en la difusión del amor, a María ha sido San Alfonso María de Liguori en su famoso libro “Las Glorias de María”.

Y afirma:

- María consigue que todos sus devotos se salven.
- María impide que sus devotos se pierdan.
- María pone a sus devotos en camino de salvación.
- María posee gran poder contra el mal.
- María escucha nuestras plegarias.

Y de esta manera, va desgranando una serie muy nutrida de ejemplos concretos donde se ve la poderosa intercesión de María en favor de sus fieles devotos, como son curaciones, liberación de peligros inminentes, etc. Y aún más numerosas son las citas que recoge de escritos sobre la Virgen, tanto de los Santos Padres como de los Santos en general, sobre todo de aquellos que más han destacado en extender la devoción y el conocimiento de María.

¡POR LINDA Y POR NAZARENA!

Del uno al otro confín
la Virgen es venerada,
por linda, y por nazarena,
siendo en Dios su humilde esclava.

*¡Ay, Jesús,
qué linda es la Inmaculada!*

Del uno al otro confín
acoge a todos María,
a unos, por ser hijos buenos,
a otros, por ir contravía.

*¡Ay, Jesús,
qué amor nos tiene María!*

En todo templo y ermita
María tiene una imagen,
no faltan flores y velas
ni el rezo de los cofrades.

*¡Ay, Jesús,
por ser ella nuestra Madre!*

En las penas y alegrías
y también en los dolores
está siempre a nuestro lado
calmando los sinsabores.

*¡Ay, Jesús,
qué aroma tienen las flores!*

¡Cómo no amar a María,
tan divina siendo humana,
tan humana y tan divina!

*¡Ay, Jesús,
que es María la más linda!*

Llevando a Jesús en brazos
nos cobija en su regazo
hasta llevarnos al cielo.

*¡Ay, Jesús,
qué cosas hace María
para llevarnos al cielo!*

(De mi poemario, Cometas en libertad).

CUADRO 22

MARÍA, ASUNTA AL CIELO

Varios son los dogmas marianos que la Iglesia ha definido en honor de la Virgen María, comenzando por el de la Maternidad Divina (Concilio de Éfeso, año 431), siendo Papa san Clementino I.

Las palabras empleadas en la definición, dicen: “Si alguno no confesare que el Emmanuel (Cristo) es verdaderamente Dios, y que por tanto, la Santísima Virgen es Madre de Dios, porque parió según la carne al Verbo de Dios hecho hombre, sea anatema”.

El dogma de la Inmaculada Concepción, lo proclamó Pío IX el 8 de diciembre de 1854, en la Bula Ineffabilis Deus, con las palabras:

“Declaramos, pronunciamos y definimos que la doctrina que sostiene que la Santísima Virgen María, en el primer instante de su concepción, fue por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente en previsión de los méritos de Cristo Jesús, Salvador del género humano, preservada inmune de toda mancha de culpa original, ha sido revelada por Dios, por tanto, debe ser firme y constantemente creída por todos los fieles”.

El último dogma referido a María ha sido el de la Asunción de María a los Cielos en Cuerpo y Alma, promulgado por Pío XII el 1 de noviembre de 1950.

¿Qué nos da a entender este dogma? Pues que este privilegio y don concedido a María, de la glorificación anticipada y total de su ser, cuerpo y alma, es por semejanza que hay con su Hijo Cristo.

Suele decirse, “*de tal palo tal astilla*”. Es la consecuencia y culminación de la obra emprendida y realizada por Dios en ella. El dogma no determina la manera en que María llegó a la glorificación en cuerpo y alma, sino a su estado glorioso, que antecede a todos los demás que mueren en gracia de Dios.

Este dogma es también una reivindicación de la dignidad del cuerpo. La santidad abarca también al cuerpo, pues la persona es un todo. Y María glorifica a Dios con toda la belleza de su ser.

Ser llevada al Cielo, asunta en cuerpo y alma, para María ha supuesto el final más glorioso. Y para el resto de los mortales que nos vemos reflejados en ella, también. Ella es la más grande. Es la Mujer que glorifica la Historia, y la Historia se lo agradece. El libro del Apocalipsis la describe en todo su esplendor así:

“Apareció en el cielo una gran señal: una Mujer vestida del sol, la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza (Ap 12,1).

Llegar al Cielo, es haber llegado a la meta. Es el destino que Dios, en su infinita misericordia, nos tiene reservado. Cristo es quien lo ha hecho posible. Pero el Cielo no es algo que se desentienda de la tierra, o se pueda separar de la misma. El Cielo es la meta, sí, pero el punto de salida está en la Tierra.

Con razón, en términos de enunciado de fe, hablamos de la “comunidad de los santos”; es decir, hablamos de la perfecta sintonía que hay entre la Iglesia del Cielo y de la Tierra. No son dos Iglesias, sino una sola. Ocurre, y es lo que marca la diferencia, que mientras parte de sus miembros ya han llegado a la meta, otros siguen todavía corriendo la maratón de la fe.

María, al ser llevada al cielo, no se desentiende de quienes aún peregrinamos en la fe. Y en este peregrinar, hay que añadir que el ámbito habitual donde nos movemos es la familia. También el trabajo. Pero, ontológicamente, la familia. En una familia nacemos, en una familia vivimos, en una familia morimos.

La experiencia, la observación, la naturaleza, la realidad de las cosas, y el sentido común, nos dicen que la Familia es el ámbito natural de, y para, la vida.

La Familia es, antes que nada, la primera comunidad natural, el cauce natural para reproducir, proteger y perpetuar la vida. Es la base de la sociedad. Es justo, por consiguiente, que al dirigirnos a María, puesto que ella tuvo la preciosa experiencia de ser esposa y madre, le pidamos que nos ayude a:

- Respetar la dignidad de la familia en sí, y de todos sus miembros.
- Respetar la dignidad de los demás.

- Respetar el orden mismo de la naturaleza.
- Respetar la ley natural y moral.
- Respetar los derechos propios y ajenos.
- Respetar la vida en todas sus fases.
- Respetar la propiedad privada y el derecho a la misma.
- Respetar el trabajo en un ámbito de dignidad.
- Respetar la educación, tanto de los padres como de los hijos.
- Respetar el derecho a la libertad religiosa.

La persona humana en su dignidad está por encima de todo. Es sagrada, pues Dios la ha creado a su imagen y semejanza (Gn 1,26). Es obra de Dios, y Dios se complace en su obra.

Cristo es la síntesis, espléndida y total, de toda la Creación. Él es el Hombre, en el sentido pleno y sublime de la palabra. En el Evangelio se autodenomina como el “Hijo del Hombre”. Es el Redentor. El “centro del cosmos y de la Historia” como expresó literal y hermosamente el Papa santo Juan Pablo II en su primera y programática encíclica *“Redemptor Hominis”*.

Y junto a Cristo, María. El mismo Papa Juan Pablo II, en su preciosa encíclica *“Redemptoris Mater”*, dedicada a la “Bienaventurada Virgen María en la vida de la Iglesia peregrina”, la presenta dentro del Misterio de Cristo, en el centro mismo de la Iglesia peregrina, y acentuando su Mediación como Madre. Y en la conclusión de la *“Redemptoris Missio”* dice: “A la ‘mediación de María, orientada plenamente hacia Cristo y encaminada a la revelación de su poder salvífico’ confío la Iglesia y, en particular, aquellos que se dedican a cumplir el mandato misionero en el mundo de hoy”.

CUADRO 23

DOS EVAS, UNA SOLA MARÍA

La Constitución dogmática sobre la Iglesia, la “Lumen Gentium”, del Concilio Vaticano II, al hablar en el capítulo VIII de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia, y su función en la economía de la Salvación, dice en el número 56:

“Enriquecida desde el primer instante de su concepción con el resplandor de una santidad enteramente singular, la Virgen Nazarena, por orden de Dios, es saludada por el ángel de la Anunciación como «llena de gracia» (cf. Lc 1, 28), a la vez que ella responde al mensajero celestial: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38).

Y sigue:

Así María, hija de Adán, al aceptar el mensaje divino, se convirtió en Madre de Jesús, y al abrazar de todo corazón y sin entorpecimiento de pecado alguno la voluntad salvífica de Dios, se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo con diligencia al misterio de la redención con El y bajo El, con la gracia de Dios omnipotente...”

Cita a san Irineo:

«Obedeciendo, se convirtió en causa de salvación para sí misma y para todo el género humano».

Otros Padres antiguos insistían:

«El nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María; que lo atado por la virgen Eva con su incredulidad, fue desatado por la virgen María mediante su fe».

Dos Evas. Analogía comparativa. Pero la segunda Eva embellece y santifica su nombre al cambiarlo por: María.

Permítaseme expresar esta realidad de las dos Evas bíblicas, con esta parábola: **“La Cueva de Adán”** (de mi libro inédito, “Relatos con fondo bíblico”).

Supe que era la primavera, por el tatuaje verde del paisaje. Yo me encontraba agazapado en la entrada misma de la Cueva. La llamaré con mi nombre: la Cueva de Adán. Personalmente, me hubiera gustado más que hubiera pasado a la historia como la Cueva del Tiempo, por ser la matriz universal y materna -metáfora tangencial- de la creación.

El cosmos giraba armónicamente. La felicidad lo invadía todo, mejor dicho, casi todo, porque era una felicidad que no impedía sentir una cierta sensación de vacío.

Volví la cabeza al oír un ruido suave, tan suave como el de las ramas que se separan al abrirse paso alguien en la jungla; éstas, las ramas, emitieron una tenue queja, parecida a un mohín femenino por una caricia íntimamente deseada, pero que en apariencia se rechaza; o al instintivo alzar de la mano el niño, que sueña dormido en su cuna. Aunque a decir verdad, yo, Adán, hijo de la Creación, recién creada por el Dios del amor, con mi ADN de tierra y barro, venido del agua y la idea, estoy usando términos equivalentes a realidades que en aquel entonces me eran totalmente desconocidas. Luego, todo siguió en silencio. El día fue avanzando, y la tarde comenzó a declinar. Llegó la noche y me dormí, a la puerta misma de la Cueva terráquea del Tiempo, -¡oh Madre Tierra bendita!-, lugar donde la temperatura era más fresca, suave y agradable.

El suave correr del agua en los ríos del Edén arrullaba mi sueño. Y soñé. Soñé que Dios venía a mi cueva, con una claridad tan suave que me dejaba entrever el espacio, el tiempo, y la eternidad. Mi sueño fue placentero; y comencé a caminar por el inmenso jardín del universo mundo; vi ríos, muchos ríos, y mares, muchos mares, y árboles, muchos árboles, de frutos en sazón; y mundos a granel, y selvas, y desiertos. Pero, curiosamente, sólo había dos caminos para poder caminar. Dos, sólo dos. Y los dos convergían hacia un árbol, espléndido, único en belleza. Era el árbol que llaman de la Vida; inédito, sin nombre alguno inscrito aún. Y los dos caminos comenzaban y terminaban en él; se nominaban: el Camino del Bien y el Camino del Mal.

Me quedé mirando, ensimismado, el entorno, cuyo principio ni fin podía abarcar. Simplemente, miraba, dibujando una sonrisa que se fundió con la sonrisa de Dios. Él me dijo, acariciándome de eternidad:

-Tú eres Libertad.

-¿Libertad ... ? No, yo me llamo Adán. Soy hijo del Barro y de tu Idea, al crearme.

Dios me dijo:

-En cuanto al cuerpo... sí, tienes razón, eres Adán: Barro, con denominación de origen. Tu piel es de tierra, amasada con agua de los ríos del Edén. Pero tu alma es sople divino. Pertenece a la eternidad; eres espíritu, parte de mí, por eso eres y serás inteligente y soñador. ¡Libre!.

Eres libre. Más aún: eres Libertad. No lo olvides. Más libre, incluso, que Yo mismo; porque a fin de cuentas, siendo Amor, no he tenido más remedio que crearte por amor. Yo soy Amor, y el amor es difusivo. Tú, tú eres Libertad. Pero por lo que de tierra tienes, te llamarás Adán. Adán Libertad. Nombre y apellido. Y Eva, la misma que te atisbaba ayer desde el bosque, sin tú advertirlo, ni saber tú de su presencia, también es libre, como tú. También a ella la he creado de tierra. Su nombre: Eva Libertad. Será tu otra mitad, porque los dos, sois uno. Y para que no tengas sensación de vacío. Los dos sois Libertad. Todo lo demás, de vosotros depende.

-¿¡Eva!? ¿Eva Libertad...?

-Sí, Eva, Eva Libertad; es decir, tú mismo, programado con el soporte, sin el cual no habría Libertad-, del bien y del mal. No te extrañes pues si de pronto te sientes indigente, necesitado, incompleto. Os he hecho varón y mujer, para que os complementéis. Por eso, os digo:

-Creced y multiplicaos, henchid la tierra de felicidad, cuidádmela, y sed felices. Sobre todo esto: sed felices.

Nunca jamás pude olvidar aquel sueño. En ese mismo instante tuve conciencia de que no estaba solo, de que para siempre era un plural. Y lleno, mejor dicho, llenos, de alegría nos fuimos alejando de la Cueva, y adentrándonos por la espesura del bosque, saltando y corriendo. Éramos como dos chiquillos felices en el más feliz de los mundos; la vida nos bullía a borbotón por todas partes. Más no supe.

Ha pasado el tiempo; miles y miles de años, millones y millones de siglos; tantos, que imposible contarlos sería. He vuelto, reprimiendo la nostalgia, fosilizada mi alma de remordimiento, a la misma Cueva

primordial. Sigo llamándome Adán; pero, de pronto, he olvidado mi apellido. Lo escribí en el tiempo, en vez de escribirlo en la eternidad, y el tiempo lo ha ido borrando poco a poco.

Ahora estoy agazapado, asustado; me remuerde el olvido, y la soledad. Sólo de vez en cuando me viene a la mente, entre sueños, una palabra, difusa, muy borrosa: Libertad.

Y sin embargo, aún me queda algo de lucidez. Y, de pronto, aunque de tierra me sé, también me sé barruntador y necesitado de eternidad. De eternidad y de libertad; las mismas que perdí, no sé cómo ni cuándo, (mi mente es una nebulosa errática como la Vía Láctea). Fue como un juego de azar; no sé cómo sucedió, pero de pronto me sentí, -nos sentimos-, solos, con la insatisfacción por horizonte.

Hoy, nadie sabe que me llamo Adán, mejor dicho, Adán Libertad. Todos, yo mismo, han olvidado mi nombre y mi apellido; prefieren llamarme..., García, pongamos por caso.

Peregrino me sé; deambulando voy la existencia, con los pies descalzos, sin casa fija, sin una cena caliente, al relente de todas las estrellas, con el hatillo de la libertad hecho jirones, internauta de la soledad, con el bordón de la insolidaridad golpeando en todas partes... A trompicones camino.

-¿Dónde quedó el Árbol de la Vida?

Hoy, al árbol de la Vida se le han secado muchas ramas. Triunfa la insolidaridad en vez del amor. Los caminos están difuminados.

-¿Y la Cueva ... ?

La Cueva -¡oh Madre Tierra bendita!- ésa sí, sigue en su sitio, pero deshabitada.

-¿Y Eva...?

Al oír su nombre, su solo nombre, volví a la realidad, al presente actual. Eva, la que atisbaba entre el ramaje del Edén, no estaba. ¿O era Adán quien no estaba?

En cambio, en el Cielo apareció “una Mujer vestida de sol” que encendió de luz los pobres ojos de mi fe. Su nombre: María. La “bendita entre todas las mujeres”. La Inmaculada.

CUADRO 24

MARÍA, ALEGRÍA DEL EVANGELIO

La figura de María es colosal. En verdad que Dios ha hecho maravillas en ella. El pueblo cristiano ha sabido captar muy bien la grandeza de María y se ha identificado con ella, precisamente, desde su humildad.

Ella se sabe pobre, una más entre los humanos. Y cuando Dios irrumpe en ella y la eleva a tan alta categoría, sabe reconocer que todo lo que está aconteciendo es obra de Dios, y sólo de Dios; que ella es sólo la “humilde esclava”. Que todo se debe a Dios. Por eso se alegra en Dios, su salvador, que ha mirado la pequeñez de su esclava. Y glorifica a Dios “porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación” (Lc 1, 49).

De siempre el pueblo cristiano ha sabido identificarse con ella, porque ha visto en ella el mejor camino para llegar a Cristo.

La figura de María está entreverada en la Biblia desde sus primeras páginas, hasta culminar radiante en el Nuevo Testamento, tal como la presenta el Evangelio, el Libro de los Hechos de los Apóstoles, y el Apocalipsis. Dios se ha volcado en ella, de ahí que su luz ilumine con tanta fuerza el corazón y la conciencia de los cristianos, y de otros que no lo son.

Como señala el Papa Francisco en la “*Evangelii Gaudium*” (La Alegría del Evangelio): “*Cada vez que miramos a María volvemos a creer en la revolución de la ternura y del cariño. En ella vemos que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, que no necesitan maltratar a otros para sentirse importantes*” (n.288).

En consecuencia, es lógica y natural la gran devoción a la Virgen María que el pueblo ha sabido expresar de tan distintas maneras: fervor, devoción, advocaciones, templos... Y la Iglesia, a su vez, la resalta en los dogmas marianos, como son la Maternidad Divina, la Inmaculada Concepción, o la Asunción a los cielos en cuerpo y alma.

Dios la destinó a ser su Madre. Y por gracia, desde la Cruz, también nuestra. Madre por vocación, en el deseo expreso del Altísimo que la creó Inmaculada. María es como la suprema exaltación de la belleza que el Creador ha puesto en todas las cosas.

María se convierte así en gozo y alegría para todos los creyentes por estar en sintonía perfecta con el Evangelio. El Evangelio es Buena Nueva, Alegre Mensaje. Con razón a María se le invoca también como Nuestra Señora de la alegría.

Tomando prestado el título de la Exhortación *Evangelii Gaudium*, bien podemos aplicarlo a María y decirle: Tú eres la Alegría del Evangelio.

Si, como dice el Papa, “*la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús*”, con mayor motivo llena el corazón de María. El centro de nuestra fe es siempre Cristo. Y María supo girar en torno a ese centro. Desde su silencio elocuente de Madre, vivió sin duda en su corazón el gozo de ver a su Hijo pasar “*haciendo siempre el bien*” a todos. Llevando para todos consuelo y esperanza. La alegría de ser perdonados, a unos; el gozo de haber recobrado la salud, o la vista, o la movilidad de sus miembros, a otros.

También María ha pasado por el mundo haciendo el bien. Ella, igual que Cristo, estuvo, está, y seguirá estando siempre con los más débiles, con los más necesitados, como “*Madre del Evangelio viviente*”. Ése es su gozo y alegría y, como por ósmosis, diremos, y nuestro gozo y alegría.

Qué oportuna, y vivificante, resulta al respecto, la Exhortación del Papa Francisco *Evangelii Gaudium*. Toda una exhortación, nunca mejor dicho, a la alegría, la que mana del Evangelio. En el n.5 escribe:

“*El Evangelio, donde deslumbra gloriosa la Cruz de Cristo, invita insistentemente a la alegría. Bastan algunos ejemplos: «Alégrate» es el saludo del ángel a María (Lc 1,28). La visita de María a Isabel hace que Juan salte de alegría en el seno de su madre (cf. Lc 1,41). En su canto María proclama: «Mi espíritu se estremece de alegría en Dios, mi salvador» (Lc 1,47). Cuando Jesús comienza su ministerio, Juan exclama: «Ésta es mi alegría, que ha llegado a su plenitud» (Jn 3,29). Jesús mismo «se llenó de alegría en el Espíritu Santo» (Lc 10,21). Su mensaje es fuente de gozo: «Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría sea plena» (Jn 15,11).*

También nosotros, los cristianos, con el ángel le decimos: “Alégrate, María”. Ella es la Alegría del Evangelio.

MADRE, ES TU NOMBRE

La luz estaba oculta entre las ramas
como un ángel con alas de azucena
cimbreado en el árbol primavera
donde la flor se enciende como llama

en el milagro grácil de la vida,
esencia inmaterial de un mundo, el mío,
que sueña en el candor de cada día
con el amor que expresa todo niño

que, sin saber aún decir su nombre,
yo sí aprendí a decir el tuyo: ¡Madre!,
y a quedar acunado en tu presencia,

hasta que mi silueta frágil de hombre
sea sorbida entera, como un ángel,
y retorne a la entraña de su esencia.

(De mi poemario, Acuarelas de la tarde)

CUADRO FINAL

ORACIÓN A MARÍA

María ha sido siempre inspiración para místicos, santos, artistas, músicos y poetas. Cada quien ha tratado de plasmar de ella un aspecto, un detalle, un boceto. Para quedar apenas reflejada una pincelada en el álbum de la inspiración. María es inconmensurable, inabarcable. Pero hay una palabra que la define de cuerpo entero: Madre. Dicho lo cual, todo lo demás queda en el corazón de cada fiel, de cada devoto, de cada cristiano que con fe acude a ella.

Para terminar estas breves pinceladas sobre *“María vista desde el Evangelio”*, no se me ocurre nada mejor que añadir el poema-oración con que el Papa Francisco termina la *“Evangelii Gadium”* (*La Alegría del Evangelio*).

Va por María, pero va también por el Papa Francisco que ha llamado al Evangelio por su nombre: Buena Noticia de Jesús, es decir, *Alegría*.

*“Virgen y Madre María,
tú que, movida por el Espíritu,
acogiste al Verbo de la vida
en la profundidad de tu humilde fe,
totalmente entregada al Eterno,
ayúdanos a decir nuestro «sí»
ante la urgencia, más imperiosa que nunca,
de hacer resonar la Buena Noticia de Jesús.*

*Tú, llena de la presencia de Cristo,
llevaste la alegría a Juan el Bautista,
haciéndolo exultar en el seno de su madre.
Tú, estremecida de gozo,
cantaste las maravillas del Señor.
Tú, que estuviste plantada ante la cruz
con una fe inquebrantable
y recibiste el alegre consuelo de la resurrección,
recogiste a los discípulos en la espera del Espíritu
para que naciera la Iglesia evangelizadora.*

*Consíguenos ahora un nuevo ardor de resucitados
para llevar a todos el Evangelio de la vida*

*que vence a la muerte.
Danos la santa audacia de buscar nuevos caminos
para que llegue a todos
el don de la belleza que no se apaga.*

*Tú, Virgen de la escucha y la contemplación,
madre del amor, esposa de las bodas eternas,
intercede por la Iglesia, de la cual eres el icono purísimo,
para que ella nunca se encierre ni se detenga
en su pasión por instaurar el Reino.*

*Estrella de la nueva evangelización,
ayúdanos a resplandecer en el testimonio de la comunión,
del servicio, de la fe ardiente y generosa,
de la justicia y el amor a los pobres,
para que la alegría del Evangelio
llegue hasta los confines de la tierra
y ninguna periferia se prive de su luz.*

*Madre del Evangelio viviente,
manantial de alegría para los pequeños,
ruega por nosotros.
Amén. Aleluya”.*

(Tomada de la Exhortación
“*Evangelii Gaudium*”
(La Alegría del Evangelio)
del Papa Francisco).

ÍNDICE

	Pág.
PÓRTICO	2
María, Madre por vocación	
CUADRO 1	3
La Historia de María culmina en el Evangelio	
CUADRO 2	8
María, tan humana, tan divina	
CUADRO 3	12
María, reconstructora del Hombre	
CUADRO 4	15
Corazón de Mujer, Mujer de sentimientos	
CUADRO 5	17
María, Mujer solidaria	
CUADRO 6	20
María, la Mujer ideal	
CUADRO 7	23
María, Mujer y Madre	
CUADRO 8	26
María, de sorpresa en sorpresa	
CUADRO 9	30
María, Madre de la Iglesia	
CUADRO 10	33
Por la Cruz a la Luz	
CUADRO 11	36
María, en la vida de la Iglesia	
CUADRO 12	39
María, en la dimensión del Reino	
CUADRO 13	42
Nazareth, aletear de ángeles	
CUADRO 14	47
De doce estrellas coronada	
CUADRO 15	49
Con María siempre	
CUADRO 16	52

Los ojos de una Madre	
CUADRO 17	55
Manos de Madre	
CUADRO 18	59
Corazón de Madre	
CUADRO 19	64
La Virgen Misionera	
CUADRO 20	71
Remembranza a orillas del lago del Arpa	
CUADRO 21	76
María, Mujer universal	
CUADRO 22	79
María, asunta al Cielo	
CUADRO 23	82
Dos Evas, una sola María	
CUADRO 24	86
María, alegría del Evangelio	
CUADRO FINAL	89
Oración a María	

8 diciembre 2013
Solemnidad de la
Inmaculada Concepción
de la Santísima Virgen María.